

Publicaciones de la Academia Ecuatoriana
Correspondiente de la Española

ALFREDO BAQUERIZO MORENO,
Individuo de número de la misma Academia, etc.

TIERRA ADENTRO

LA NOVELA DE UN VIAJE



004567-J.

EDITORIAL ECUATORIANA

PLAZA DE SAN FRANCISCO, 41.

QUITO, 1937

TIERRA ADENTRO

LA NOVELA DE UN VIAJE

I

Detuve las riendas; acudió un sirviente a tener del estribo la mala cabalgadura que me conducía; desmonté al punto y seguí por el zaguán adentro, molido y quebrantado de la fatiga de aquel viaje, y con más ganas de reposar y de tumbar el cuerpo en una hamaca, que no de las expansivas manifestaciones del regocijado carácter de mi huésped, el cual acabó luego de zarandearme en lo alto de la escalera, ciñéndome, apretándome y estrujándome entre sus cariñosos brazos que no parecían sino querer deshacerme con aquellas muestras de su antiguo cariño, renovado entonces, por causa de esa jornada, cuyo término fué la pequeña población donde imperaba como amo y señor mi buen amigo y condiscípulo don Juan de la Pedrola de Barbines.

Mi viaje era a la capital de la provincia; pero como en el pueblo aquel tenía que pasar noche por encontrarse en el camino —pués éste y la calle principal son una misma cosa— escri-

bí a Pedrola de Barbines que me esperase, que pronto llegaría yo a Jorobada de paso para la Capital y que contaba con abrazarle en su propia casa y ser recibido en ella, en calidad de huésped, por sola una noche.

Y con esto, a los dos días de escrita la carta, monté a caballo y emprendí el camino guiado por un mulato entrado en años; el cual, más que de guía, sirvióme de narrador infatigable de crímenes y asaltos consumados por esos sitios y sus alrededores, muy capaces de poner los pelos de punta al viajero más prevenido, cuanto más a mí que, con una inocencia rayana en candoridad, y es poco decir, iba del todo desapercibido para lances de mucho menor peligro y sobresalto.

Así, la fatiga del viaje, por una parte, y por otra la facundia espeluznante del mulato, hicieron que diera con mi cuerpo en una hamaca de la galería, sin más cumplidos ni mayores cortesías, no bien me ví libre de los abrazos y extremos del señor de Barbines.

Mi antiguo condiscípulo llegó a enredarse en un sin fin de preguntas a que no daba yo contestación sino con tal cual monosílabo seco y desapacible que soltaba entre dientes, hiciera o no al caso. Quería saber qué causas o qué pleito me llevaban por esa comarca medio escondida en el corazón de la montaña. Qué había sido de mi vida en los años transcurridos después que nos separamos del colegio, ya bachilleres ambos, y se fué él a sepultarse vivo en ese apartado rincón de la propia tierra ecuatoriana, donde era fuerza que pasase los mejores años de la suya por no descuidar la hacienda heredada de sus padres, como que hacía la miseria de

doce años bien cumplidos que estaba huérfano y sin esperanza todavía de alargar su nombre y su memoria con algún retoño pomposo, puesto que se le había metido entre ceja y ceja no mudar de estado y condición, así lo aspasen, hasta los cuarenta justos y cabales, fecha en que podría salir de aquella madriguera a dar un vistazo al mundo y pasearse por él, y áun encontrar mujer que le llenase el gusto y a quien dar nombre de esposa, durante el resto de su existencia, que se la prometía larga, por lo que a la vista estaba, es decir: su complexión robusta, la salud entera y aquel humor chancero y expansivo que nunca le dejaba.

Yo —y no había que tomarlo a ponderación— estaba muy ótro que cuando él me conoció en aquellos benditos tiempos en que cursábamos, por mal y mal cabo, humanidades y filosofía. Tanto que, a no haberle anticipado mi visita, no me hubiera reconocido fácilmente por mucho que en ello se empeñase. Sabía también de mis aficiones literarias, y en poco estuvo no me riñese en serio por ingrato y desamorado, pues no me acordaba de él ni para que me leyese siquiera. Bien poco de lo mío había llegado a sus manos, a retazos se entiende, en tal cual publicación que rara vez se dejaba caer por esos mundos de Dios. Alabóme el gusto, y con el gusto la inclinación, y con la inclinación el propósito que sin duda me guiaba; mas no sin salirse luego por el registro obligado y desapacible de lo improductivo de ese gusto y tal inclinación.

—No medran mucho que digamos —añadió— los hombres de letras en nuestra República incipiente. El terreno no está abonado aún para ese cultivo. Y, la verdad, la propia abundancia más

cedería en daño que en provecho de sus autores. Sucedería entonces lo que suele acontecer en algunas comarcas de los Andes: la buena cosecha no sirve sino para que el producto se abarate o se pierda por la escasez de consumidores. Claro está que el remedio hay que buscarlo en un comercio activo con otros pueblos y otras gentes. Aumentada la producción literaria, si queda la *circulación* al igual que antes, como es de suponer, aquello sería un Mar Muerto de libros y papeles, y de las aguas estancadas libremente, aunque sea Pateta. Nada querido. A mi rustiquez me atengo. No es que descuide zambullirme de vez en cuando en un templado baño de cultura, ni que me falte afición a los buenos libros que, al fin y al cabo, me la traje del Colegio con el Bachillerato; pero ese baño y esa afición son cosas, para mi modo de ser, de puro recreo, ratos de esparcimiento y de solaz por completar el día, sin estarme mano sobre mano en los momentos inútiles o desocupados para quehaceres de mayor empeño y sustancia, aunque más bajos y humildes como son labores y cultivo del campo: algo de ganadería en el valle que te dejas atrás, y mucho de desmonte y plantaciones de cacao y café, dos granos tan ricos como benditos que bien valen el sudor que sudamos a diario y el cuidado, los afanes y desvelos que ponemos en éllo sepultándonos vivos en estas soledades agrestes y apartadas, donde comemos tierra como si estuviésemos ya debajo de ella. A esto se añade, en lo que a mí toca, mi reciente cacicazgo —pues lo ejerzo de poco ha por obra y gracia de la cacareada *transformación* que sin ella, estaría, hasta ahora de mero súbdito de un golilla o rábula o de un señor

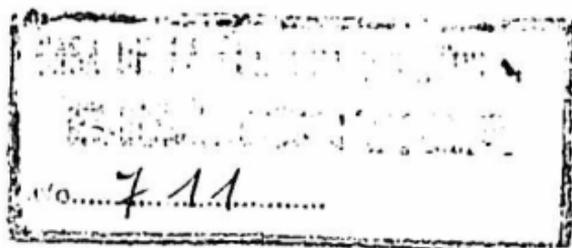
coronel malísimo y atroz que alternadamente nos sometían a su bárbaro imperio sin contar para nada con nuestra voluntad o afecto—. Tenidos y gobernados como parias nos veíamos reducidos, queriéndolo o nó, a conformarnos con el *ominoso* yugo por ley de la implacable necesidad y capricho de los muy poderosos valedores que los tales tenían... y puede que tengan todavía.

Vaya si todo ello había cambiado desde que se vió coronado por cacique de la extensísima y rica parroquia cuya cabecera es Jorobada. Él quería ser un teniente modelo, en el estrecho círculo de su jurisdicción, un emperador filósofo y virtuoso que gobernase con blanda mano, repartiendo la justicia distributiva como el mejor; amparo de los débiles, freno de los desbocados y castigador de los malos y perversos, pues de todo ello había, y no poco. Contaba con que luego andarían en libros, en periódicos y en la boca pregonera de la Fama, el nombre de don Juan de la Pedrola de Barbines y el imperio de Jorobada, como ejemplo y lección que seguir debieran los pueblos y naciones de la tierra. No estaba en mucho que hiciese también de Jorobada firme y seguro asiento de academias, ateneos e institutos; y hasta me consideraba ya con Presidencia de alguna de ellas en aquel mismo día y hora, si me resolvía de una vez a declararme súbdito de su imperio y le juraba por rey y señor.

Por seguirle el humor, y repuesto un tanto de la fatiga del camino y del sobresalto que logró infundirme el mulato con sus narraciones sangrientas, contesté a mi huésped que lo pensaría, que el ofrecimiento no era para desechado

sin más ni más, y que antes bien requería mucha reflexión y tranquilidad de espíritu para una resolución que encajase dentro de los nobilísimos propósitos que le guiaban en el gobierno de Jorobada; pero que, molido y quebrantado de alma y cuerpo con aquella jornada, más apetecía un algo de reposo que no entrar en disquisiciones de tanto empeño y puntos tan graves y sutiles como los que me proponía, fuera de que también haría más al caso yantar que charlar.

Entendiólo Pedrola, y por entenderlo, aplaudió la franqueza. Brindóme luego con su brazo para que me apoyase en él, y nos fuimos al comedor, no sin que exclamase mientras atravesábamos la sala y un pasadizo: —apóyate firme en mí, en este gran señor de Jorobada, pues la fuerza de su brazo y el empuje de su voluntad son tales, que podrían sostener, defender y gobernar toda la cristiandad, aún cuando ésta tuviese por contera el imperio de Trebisonda — y soltó, dicho esto, la más sonora y alegre carcajada que oí jamás.



II

La comida, abundante, variada y muy capaz de satisfacer el paladar más exigente y delicado. El agasajo fué, pues, de los buenos; y sazonado, además, según era de esperarse, con la amenísima plática y los chistes agudos e inofensivos de Barbines. Allí fué el ponderar las habilidades y destreza de aquella famosísima cocinera suya, conocida de nombre en toda la Provincia por excelencias que desplegabá en el arte culinario; sobre todo, en la confección de guisos indígenas, pues aunque algo y mucho se le alcanzaba de los extranjeros llegaba la vanidad de la Petra, en este punto, hasta olvidar que por aquellos principalmente, y no por los bautizados con nombres extranjeros, era que sobresalía y descollaba sin rival en Jorobada y veinte pueblos más.

Pedrola de Barbines no se quedaba corto en esto de ponderar lo mucho que valía *ña* Petra, que así se llamaba la cocinera, y oficiaba de Fama lanzando a los cuatro vientos todas aquellas prendas y excelencias, dignas para él de merecido encomio y alabanza.

—Toma de esa sopa de morcillas que hay allí sustancia y fuerza para conservar intactos,



por diez años largos, el vigor y la salud de la primera mocedad. Si ya te animas, hombre; si ya revives y te remozas, y te van saliendo a la cara unos colores que envidiaría la muchacha más lozana y arrogante. Si tú comieras esos *chifles* o *marabajas* que parecen monedas de oro, un *muchín* de yuca o una sopa de plátanos, te relamías de gusto como con la más apetitosa golosina. Los bollos y los tamales de Jorobada, digo, los de Petra, no tienen rival en el orbe terráqueo. Estoy seguro que ni el Padre Santo ni Menelik, no los comieron nunca mejores. Prueba esa carne blanda y sabrosa más que la fruta del cercado ajeno, ese *colonche* de camarones, esos *moros* y *cristianos*, raros aquí, tan suaves y mantecosos, tan mezcladitos y pacíficos que parece imposible se combatiesen setecientos años con el furibundo encarnizamiento de unos odios de muerte. Nada, querido. Te vienes por acá con los bártulos y papeles, tus libros y tu pluma. Una mudanza en regla. Te nombro académico, sales Presidente de la corporación que limpia, fija y da esplendor al habla de Castilla, y, por último, te doy a la Petra para que te regale el paladar y con ello te ayude a llevar el trabajo y las vigiliass que impone esa tu honrosa profesión; pues, si bien se piensa, sin el gobierno de las tripas el cerebro se seca a lo mejor. Todo ello, se entiende, si no se te despierta aquí el deseo de compartir conmigo el imperio de Jorobada. La política y el gobierno de los pueblos suelen tener atracciones irresistibles, y hasta volver el juicio y rematarlo y echarlo a perder para cosas de mayor utilidad y provecho. ¡Oh! la dulzura del mandar y ser obedecido!

—¡Alto ahí! —repuse al punto.— No me

vengas con eso, ni me tientes con la política y el gobierno de Jorobada, que, a lo que entiendo, tus súbditos y no sólo los tuyos sino gran parte de los de esta comarca y pueblos vecinos, son de lo más desgobernado y levantisco que se ha visto ni verá. Yo no nací, Juan, para estos bebenes.—Soy hombre de paz, no manejo más acero que el de la pluma alguna que otra vez; y esto de andar a machetazo limpio, o armado de toda suerte de armas, como salteador de caminos, por la propia defensa, no se hizo para mí, por mucho que te empeñes. Por ahí topé con un caballero que infundió en mi ánimo tales sobresalto y pavor, que no són para descritos, pues me tuve por muerto al igual que Juan Haldudo, el rico, cuando vió sobre sí la figura de don Quijote, toda llena de armas. Cierta que no blandía lanza chica ni grande, pero llevaba al cinto un revólver, al parecer, de muy largo cañón, y por delante, atravesada sobre las piernas, como que montaba un potro de gran estampa y brío, una carabina de codicia por lo fina y reluciente. Item más: por la abertura de la alforja, que pendía del arzón trasero, asomaba la negra empuñadura de un truculento machete. A éste seguían, a corta distancia, tres o cuatro jinetes, todos en caballos de mucha alzada, bien armados y con sendos cuchillos de monte, además. Pregunté a mi gufa qué gente era aquélla que así viajaba tan provista de armas. Respondióme que eran simples viajeros, gente pacífica e inofensiva, pero acostumbrados a ir juntos el camino y armados de esa suerte, para todo evento, y un por si acaso.

—¿Cómo, para todo evento y un por si acaso? —interrumpíle al punto con algún sobresalto,

viéndome en un estrechísimo y largo callejón que allí se hacía entre dos altas peñas, como profundo barranco. — ¿Hay bandideros o gente mala por aquí?

— De haberlos, los hay; contestó el mulato— pero aquellas armas y viajar tres o cuatro juntos más se debe a la política de aquí que a otra cosa; y como yo no me voy con los unos ni con los otros, mire U., no cargo para mi defensa ni una mala navaja. Con todo, en este mismo sitio mataron a un forastero, y más allá, a la salida del callejón, dicen si hubo algo con un judío que dobló el pescuezo y se durmió en la pura tierra debajo de aquella cruz. A la subida de la cuesta que está enfrente, degollaron a un Teniente de Jorobada; dicen que el degüello fué por unas elecciones en que hubo mucho enredo y mucho muerto. Elecciones, acá, no son broma, señor, no son broma. De modo y forma me sobresaltó todo ello que a cada vuelta del camino, o apenas divisaba por ahí la figura de un hombre, me tenía yo por muerto y sepultado con algún balín en el cuerpo, o degollado como el propio Teniente. Cuenta si hay para llegar molido de cuerpo y alma a tu palacio de Jorobada. El mal estuvo en no saberlo yo antes de emprender este viaje, pues de otro modo, o desisto de él o me vengo en caravana, armado de todas armas, por si acaso, como apunta el mulato que no me dijo palabra sino cuando no había ya como volver pié atrás.

Pensativo quedó el gran señor de Jorobada; frunció luego el entrecejo, y al cabo de un buen espacio y de mirar fijamente al suelo como vacilando entre explicar el caso o no decir palabra sobre él, invitóme comedido a que dejáramos la

mesa, pues el asunto requería que lo tratásemos a solas los dos, porque no se enterase el público de sirvientes y gente menuda de particulares y hechos que merecían considerarse de modo que el comentario y la franqueza necesaria en mucha parte, no empeorasen la causa en vez de mejorarla.

Llevados, pues, de este propósito dimos en el más oscuro rincón de la ancha galería, y allí, sentados frente a frente los dos y con una mesita por delante, donde humeaba el más sabroso café de Jorobada y sus contornos, después de atusar el bigote y apurar un sorbo de la caliente bebida, comenzó Barbines de esta suerte.

—Jorobada, los pueblos circunvecinos, toda la provincia, en fin, no daban que hacer poco ni mucho a las autoridades de acá ni al gobierno de la Capital. De esto hace poquísimo tiempo. La índole mansa, *tranquila* y sosegada de mis provincianos sólo se ejercitaba en las pacíficas labores de la agricultura, por lo general, pero había también tal cual industria o comercio en que solía prosperar honradamente acrecentando el caudal heredado, quien lo tenía, o fundándolo aquel que no contaba en los principios de su carrera con más recursos ni otro capital que su hombría de bien y la fecunda ley del trabajo que a nadie escatima recompensas cuando la sigue y cumple con fé y con amor. Entonces, no era caso raro que la justicia estuviese mano sobre mano, y no porque faltaran contiendas que dirimir ni litigios que fallar. Pero la buena fé se empeñaba en buscar el modo y forma de una composición amigable, antes que la suspicacia recelosa o la desconfianza artera moviesen pleito eterno sobre lo que en sí no vale un solo negro

de los uñas. Ni faltaban tampoco la sencillez, el respeto y el consejo que tan bien sientan y tan necesarios son por estos andurriales del mundo en personas que gozan de merecido e indisputable influjo, pues son ellas como árboles frondosos y corpulentos que en el declive de la montaña dan sombra protectora y benéfica y con las raíces penetran hondo en el seno de la tierra, manteniéndola firme y sujeta. A buen seguro que en aquellos venturosos y pasados tiempos no topaba el viajero con partidas o caravanas de propietarios y traficantes armados hasta los dientes, ni a tí te pasaría lo que a Juan Haldudo con la figura del caballero manchego, pues tal paz y tal confianza reinaban por estos valles y estos cerros que nunca, o casi nunca, se oyó decir de un asalto, de una emboscada, y mucho menos de la tristísima necesidad de no apartarse dos cuabras escasas de poblado sin encomendarse a Dios, y esto contando además con alma de buen temple, un pulso firme y un ojo certero. Después acá...

Pedrola de Barbines apuró otro sorbo del oloroso café y con voz cada vez más apagada, continuó: —Después acá: sentaron sus reales donde nunca debieron tenerlos la intriga política y el desbarajuste social. Se combatieron hermanos contra hermanos en lucha cruel, implacable y tenaz, y frutos de aquella guerra civil porfiada y sangrienta, fueron el odio encarnizado, la saña despiadada, la venganza pronta y terrible. Todo lo cual nos dividió en bandos y parcialidades que, pugnando por destruirse, no desperdiciaron embuste, traición ni felonía para destruir al contrario, el enemigo, después de aplastarlo y humillarlo con befa y escarnio de lo que suele lla-

marse caridad o noble compasión siquiera. Tanto se les dió de matar a un hombre como de pisar un reptil. Tal es en resumen la relajación en que vivimos, disueltos por completo los vínculos que tan suave y estrechamente nos unían, cuando nos considerábamos holgados, prósperos y felices con el aprecio de hermanos, limpia y desembarazada la conciencia de las manchas y zozobras que la oscurecen... Desconocida u olvidada ya la santa noción del bien, vistos los hombres y las cosas a la luz de un interés egoísta, con la parcialidad por emblema, y teniendo por buenos cuantos medios u ocasiones se presentan; por reprobados que sean, para el logro de determinados propósitos; no es mucho que en Jorobada, y como en éste en varios otros pueblos, se hubiesen visto a diario y se vean aún *con el ánimo contristado*, escenas vergonzosísimas de repugnante crueldad únas, de astucia infernal ótras; y que, por mucho que hagamos, y por mucho que nos empeñemos en volver a tiempos no muy lejanos de común prosperidad y mutua y desinteresada labor, resurja de pronto el demonio del mal con su mueca horrible y burlona, y deshaga lo poco y bueno que habíamos adelantado, en algún lance funesto, en algún intento emboscado, en alguna explosión de ira que estalla de improviso, revelando con ello la tristísima evidencia de que es más fácil cosa trabajar con éxito seguro y pronto en poner por obra las abominaciones que corroen el cuerpo social, después de envenenar la conciencia del individuo, que detener esa gangrena que amenaza propagarse a todo él, con celeridad pasmosa, localizándola siquiera en los miembros inútiles ya por la propia corrupción o podredumbre.

Todo lo cual manifiesta que en la perversa condición del hombre no hay que fiar de apariencias, y que sin más ayuda que la que da de sí el instinto natural, no es mucho que trocado aquél, de la noche a la mañana, de manso corderillo en lobo carnicero, revele prontamente los gérmenes que para el mal existen en nuestra flaca y mísera naturaleza. Contando desde luego, que todo ello no suele descubrirse sino con ocasión que le incite a proceder, y singularmente, habiendo quien se encargue de propio intento y en beneficio suyo, de aprovechar la credulidad de únos, de incitar la ambición en ótros y de remover en todos ellos el légamo del fondo, como quien dice el sedimento *humano*, el cual en asomando a la superficie se convierte al calor de la pasión desencadenada en cieno pestilente que envenena la atmósfera y *con ella* el aire que respiramos. Y en Jorobada no faltó la ocasión, ni manos que fueran causa de tanto daño, pues hubo aquí dos caciques que se disputaban el mando para alzarse con él y sacarle toda la substancia que necesitaban con el bien conocido intento de que esponjase la poca o mucha hacienda conseguida ya a poder de intrigas y socallinas. Es el uno persona más entendida en leyes que en armas, y el otro de tan oscura y baja extracción que su procedencia la ignoran aún los más listos en rastrear orígenes y linajes. Este empezó a sonar como jefe de montonera, y el ótro, el rábula o golilla, que era el cacique entonces, le persiguió sin descanso, hasta que pacificada la Nación concluyó el guerrillero por retirarse a su finca, en el corazón de la montaña, no sin aprovechar para aumentarla y cultivarla del influjo que le aseguraron sus hazañas y trapison-

das. Con esto quedó Jorobada presa de constantes odios y recelos, como que la población se dividió en bandos y mientras la gobernaba el jefe de uno de ellos, el ótro en actitud de acecho no perdía ocasión ni coyuntura de desprestigiarle, de menoscabar su autoridad, y, sobre todo, de aumentar el número de sus parciales con los tráfugas de cada momento. Y como cada cual vea, y ve también en el otro un enemigo mortal e irreconciliable, y anda a machetazo limpio o a tiros y cuchilladas con cualquier pretexto baladí, no es mucho que por acá la mejor compañía sea un arma, donde no hay policía ni cosa que en algo se le parezca; y que, en las poblaciones, las calles y las plazas indiquen de bajo de qué bandera militan o militaron sus habitantes, a fin de que nadie sea osado a atravesarlas y en exponer la vida, o sacar en el cuerpo una herida de a palmo o alguna bala perdida que fué a alojarse en las costillas del imprudente transgresor de tales usos y costumbres.

Hoy es, y todavía quedan antiguos rencores, mutuas desconfianzas, alguna deuda de sangre y otras menudencias lugareñas que vuelven imposible el restablecer del todo la antigua concordia entre *golillas* y *militares*; fuera de que andan por ahí espíritus soliviantados y almas atravesadas que hacen de las suyas a lo mejor y viven atizando el mal apagado fuego para que el incendio estalle y devore en minutos la obra de reparación que he emprendido de dos años acá, y conmigo algunos corazones generosos que no han faltado nunca. No creo, ni a tanto alcanzan mis figuraciones, que en modo alguno logre asegurar la tranquila confianza de los tiempos que fueron, y menos aún que el ósculo de amor y

fraternidad que sella paces firmes y duraderas, haga olvidar al fin la guerra a muerte en que hemos vivido, las degollinas y barrabasadas de que muchos llegaron a ufanarse, tan por los suelos se arrastraba el sentido moral.

Por aquí iba mi huésped cuando sentimos en la calle gran tropel de gentes, gritos y voces de *¡cójalo!*, *¡échente mano!* que bien a las claras indicaban que algo grave ocurría. Acudimos al corredor, pero sólo alcanzamos a distinguir algunos bultos que corrían, y otros que seguían en dirección opuesta a la que yo había traído, pues la noche era oscurísima y el alumbrado de Jorobada dejaba en tinieblas la mayor parte del camino o calle que atraviesa la población. A poco acudió con la noticia de lo ocurrido un empleadillo de mala muerte, quien dijo que el Tuerto acababa de matar en su propio cuarto, al caso de una disputa que se había trabado sobre una caja de sardinas, a su íntimo el Chepe.

—Ya ves tú, —exclamó al punto Pedrola de Barbines— la frescura con que se degüellan por la miseria de unas sardinas, y esto en la hora presente. ¿Y el Tuerto?—interrogó.

—Escapó en seguida, pues un conocido suyo que a tiempo acertó a pasar a caballo se lo llevó en las ancas. Sucedió esto delante del alguacil y un celador que le dejaron ir por ignorar el hecho.

—Ese hallará refugio en casa del cacique militar que ampara todavía a la peor gente, pues al fin y al cabo le pagan esa protección y el refugio que encuentran con unos cuantos días de trabajo empleados en la hacienda aquella, que más parece presidio por el número de criminales que se ocupan y viven en ella.

Visto que nada se adelantaba, ni adelantarse podía en el asunto del muerto, despidió Barbines al empleadillo y echando un vistazo al reloj de pared que se estaba allí con su tic tac lento y perezoso señalando en la esfera del tiempo los hechos memorables de Jorobada, díjome luego: —Por hoy tenemos bastante, y estarás más para desear el descanso de una mala cama que estos párrafos sangrientos de la crónica de mi pueblo.

Con lo cual, un apretón de manos, y los cumplidos del caso, nos retiramos en seguida. Encerrado ya en mi cuarto, me acosté, creyendo que dormiría como un bendito entre las frescas y limpias sábanas del blando lecho...



III

Pero es el caso que a duras penas, y más por obra de cansancio y de cierto aplanamiento del espíritu logré, después de alguna brega, cerrar los ojos y quedarme amodorrado, no sin que saltara por momentos en la cama a causa de la sobreexcitación nerviosa y el montón de atrocidades que me bailaban en la cabeza con los relatos del mulato, primero, y luego, de Pedrola. Ello es que en aquel amodorramiento, mitad sueño, mitad vigilia, tan pronto me veía en el callejón, como si estuviese en él a caballo, y con el cañón de una escopeta que me apuntaba a la cabeza desde lo alto de la peña para volarme los sesos, como me hallaba en Jorobada en casa del Tuerto con la caja de sardinas en la una mano, y la ótra sobre el costado izquierdo, donde sentía la hoja de un puñal agujereándome el corazón. Luego oficiaba yo de cacique golilla, que andaba a machetazos con el cacique militar, que concluía al fin por partirme por medio de un solo revés de su arma, igual que hizo el de la Ardiente Espada. Y aquello fue la señal de una tremolina y una confusión, pues viéndome partido de esa suerte, acudían los míos por recoger aquellas dos mitades sangrientas de mi cuerpo y librarlas

del estropicio y la profanación que intentaba el vencedor: que era colgarlas de los dos brazos de la cruz en que remata el campanario y quemarlas, luego, para aventar las cenizas de tal chamusquina al aire, de modo que no quedase en Jorobada ni un átomo de mi sér. Con el estruendo y choque de las armas retemblaba la tierra y los cielos amenazaban desquiciarse; y a tan desafortado estruendo y semejante amenaza se unían las voces destempladas y enronquecidas con que unos a otros se animaban los combatientes, la sorda blasfemia, el insulto soez y canallesco, de forma y manera que aquello no llevaba traza de concluir sino con la destrucción total de cuantos tan fiera y crudamente se combatían en esa lucha infernal y desesperada de legiones de espíritus diabólicos, que tales parecían.

No sé cómo fué ello, pues sin que nadie diese paz a las manos, ni cesara un punto siquiera aquel guerrear horrendo, me sentí al punto colgado de la cruz, oscilando en el aire, hasta que una mano aleve y despiadada dió sendos tajos a las cuerdas de que pendían las dos mitades de mi cuerpo y cayeron éstas, no sin rebotar con golpe seco y horrible en las piedras del atrio. Mas, rebotar y saltar yo del lecho en que dormía, fué todo uno. Me sentía ileso, me palpaba entero, y con todo mi estupor seguía adelante. Por mucho que me restregase los ojos, y me diese cuenta de que estaba despierto y en mis cabales, ello es que el crugir de las armas, la gritería destemplada y los ayes de muerte eran cosa de verdad; se me metían por los oídos y hasta llegaron a hacerme tiritar y producirme escalofríos de pavor. A poco oí un tiro y luego otro y otro, como si adrede lloviesen balas sobre la casa de

Pedrola. Me refugié entonces despavorido y yerto en el más apartado rincón del aposento, cuyas paredes de quincha y caña picada podía atravesar la bala disparada por cualquier escopeta ruín y miserable. Por fortuna, tamaño estruendo, y tan endemoniada confusión fueron calmándose poquito a poco, o, por mejor decir, alejándose como desatada tormenta que aterra y pasa en alas del huracán. Con el silencio de afuera recuperé un tanto la tranquilidad de ánimo, pues había pasado también la primera impresión de la sorpresa y el susto que era natural me produjese acontecimiento tan imprevisto y tan fuera del orden y sosiego a que vivía yo acostumbrado en los grandes centros de población. Vestíme luego, y de esta suerte me tendí de nuevo en la cama por esperar que amaneciese y saber entonces lo ocurrido en noche tan pavorosa como extraña. Claro está que no dejé de recitar, mentalmente, aquellos versos que acudían a mi memoria, de la famosa elegía al Dos de Mayo.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo, etc.

Con los ojos de la imaginación veía el camino que sirve de calle a Jorobada y los portales todos de las casas, sembrados de cadáveres, tal era el estrago que suponía yo causado por los truculentos machetes de aquellas gentes, movidas o inspiradas sin duda por algún demonio suelto que deseaba acabar con ellas o poco menos. Cómo suponer otra cosa oyendo como yo había oído aquella espantosa algarabía, aquellos golpes de muerte tan bárbaros y sangrientos!

A sorprenderme en aquellos tristes y negros pensamientos entró risueña y atrevida por las rendijas de las puertas la gozosa claridad del día.

Mi primer impulso fué salir al corredor por echar un vistazo al campo de batalla; pero me detuvo al punto la consideración de que no estaba yo hecho a semejantes contemplaciones, menos a pasear la mirada por sitios sembrados de cadáveres insepultos. Hallábame, pues, en esta vacilación y estado de ánimo, cuando oí llamar a la puerta que daba a un pasadizo interior y la risa sonora y jubilosa de mi huésped que me saludaba no menos alegre y regocijado que la luz de aquella mañana espléndida de Octubre. Abríle al punto, y fué un contraste de los más curiosos el que hacían la cara risueña y la varonil y gallarda figura de Pedrola con el rostro pálido y entristecido y el cuerpo lacio y desmadejado que mostraba yo por causa de la brega de aquella horrible noche.

—Valiente susto te habrás llevado con el condenado juego de anoche,—dijo al entrar, riendo maliciosamente.

¡Y lo llamaba juego, con esa frescura! Estuve para enfadarme de veras con Barbines, pues, entendía que era él quien se estaba burlando de mí y echándolas de valiente y despreocupado.

—No me vengas con juegos — contestéle— y mucho menos cuando supongo que el caso no es para burlas que serían hasta una falta de caridad.

—De qué caridad me hablas tú — interrumpió Barbines, medio en serio.

—Pues toma, con la refriega de anoche, lo menos habrá ocupación para todo el día. Supongo que el número de muertos pasará de la cuenta.

--Será bien que saques esa cuenta contán-

dolos por los dedos,—dijo y abrió de par en par la puerta de la galería invitándome a que le siguiera.

—Mira,—añadió, afirmando el cuerpo en el barandal—y haz la cuenta que quieras.

Miré en efecto tímido y receloso por no sé qué invencible repugnancia que me retráe siempre de poner los ojos en una escena de muerte y horrores, que tal y más me la representaba en esa ocasión, como que mi repugnancia aumentaba al suponer que tendría que mirar miembros esparcidos, cuerpos mutilados y aún alguno partido en dos mitades, como sucedió en el sueño en que me ví a mí mismo dividido de esa suertel Pero ¡Dios de Israel! cuál mi sorpresa al tender la vista por la calle y encontrar que allí no había una sola gota de sangre, cuánto más los cadáveres que yo suponía, y que los habitantes de Jorobada andaban muy entretenidos en sus ordinarios quehaceres como si nada hubiese acontecido la noche anterior.

Pinté mi asombro al flamante y regocijado cacique, quien por toda contestación se echó a reir otra vez más, palmoteándome el hombro izquierdo con su diestra firme y rolliza. Luego, vuelto de espaldas a la calle, y afirmando la cintura en la propia baranda, profirió:

—Lo de anoche es en Jorobada y algún otro pueblo comarcano el pan de cada día, y lo malo está en que estos vasallos míos no llegan nunca a rebanarse ni un meñique siquiera, con todo ese estruendo y crujir de armas. No parece sino que se matan sin compasión, y no hay tal matanza ni tal niño muerto. Ya sea porque manejan el machete con destreza y serenidad pasmosas; ya porque ni se acometen, ni se combaten

de veras, entretenidos sólo en cruzar y golpear los *Collins* por mero pasatiempo o vanidad montañesa de esgrimir el arma al punto de parar un golpe o una cuchillada en el aire; ello es que esta gente nos regala casi a diario con esa retreta de armas, a modo de serenata infernal y sangrienta. Amanece el día, y ya lo ves tú... nada. Estos campesinos van siempre, según lo habrás notado, con el machete al cinto, y antes dejarían de existir que olvidar el arma y desenvainarla y cruzarla luego con la de algún contrario por qué-tame allá esas pajas. Además, la utilizan en la montaña a cada paso, y llegan con ella a cierta mutua consideración a una a modo de paz armada, como acontece entre naciones. Por lo que hace a los tiros, que también oíste, sucede lo propio. Las más veces son pura diversión o efectos de una borrachera que se entretiene en dispararlos al aire, lo cual no quita que deba uno andar prevenido en todo momento y ocasión por recelo de alguna felonía, y no aventurarse por calles y plazas sin abrir mucho ojo. De noche, sobre todo, lo mejor es no poner pié fuera de casa, pues el alumbrado no es cosa, la policía anda en pañales, y las venganzas no se duermen por acá, como que están siempre en acecho de la ocasión propicia a sus intentos. Contigo no reza todavía este bando por ser forastero, y extraño por lo mismo a estas rencillas lugareñas. Sin embargo, por haber llegado en casa del cacique, es probable que figures ya en el número de los que siguen su bandera, y son contrarios u opuestos a los que militan con el coronel o se amparan de la casi omnipotencia del golilla, el más astuto y precavido de los *mandarines* de este pueblo y sus aldeaños. Conque a tomar el café que está

servido y esperándonos y olvidar aquello de *noche, lóbrega noche*, que sin duda te habrá ocurrido repetir en la primera que pasas en el grande y terrible imperio de Jorobada.

Por mucho que Pedrola riése y no hiciera maldito el caso de los retozos siempre bárbaros y terribles de gente tan endemoniada como la de aquel distrito parroquial, ello es que yo no acerté entonces ni nunca, aún con la evidencia de lo inocentes que resultaban de ordinario tales refriegas nocturnas, a salir del estupor y asombro que no podía menos de causarme el hecho de que a estas horas, y en los tiempos que corren, pudiera haber una población de no escaso vecindario y de relativa importancia, a las puertas casi de la cultura del siglo, en que se repitiesen escenas semejantes o parecidas a las que representaban Capuletos y Montescos con grave daño y perjuicio de los amantes de Verona.

Y tomando el café con que me brindó Pedrola, no pude menos que apuntar la idea y juntamente la creencia de que no era tierra habitable para gente mundana aquel suelo privilegiado en que la zozobra diaria, la enemistad profunda, el odio inveterado hacían imposible que existiese, ni pudiese existir en mucho tiempo, una verdadera comunidad de aspiraciones e intereses que señalasen rumbos o derroteros de bienestar y progreso para la infeliz Jorobada. Y concluí por decir:

—Amigo mío, quédese la Presidencia de la futura Academia para hombre más avezado que yo a estas disputas y reyertas, engendradas y nacidas al calor de ambicioncillas y rivalidades lugareñas que contaminarán de seguro a cuantos vengan de fuera a radicarse aquí y se propaga-

rán entre tus vasallos hasta quién sabe qué número de generaciones. Y más, cuando por otra parte creo que en Jorobada no cederán las armas a las letras el imperio que se tienen conquistado de hecho y de derecho. Poetas, historiadores, novelistas, por mucho que se afanasen, dejarían de serlo luego para meterse en estos inacabables laberintos del odio y la política menuda. Nada, Pedrola. Al cabo de los días, o tomarían soleta huyendo de las costumbres *patriarcales* de estos campos y estos pueblos, o sometidos por ley de la necesidad al medio ambiente de Jorobada, acabarían al fin y postre despachándote para el otro barrio por volverse también caciques y señores de gentes tan bravías y espíritus tan aventureros, pues sabrás de experiencia que la poesía y la novela se pagan mucho de lances, alborotos y atrocidades que pasen de la marca.

Por fortuna, y a Dios gracias, mi estancia en el pueblo no sería larga; cosa de uno a dos días más, y esto, por cumplirle la palabra a Barbines, pues no era hombre yo de faltar a ella, una vez empeñada, aunque me temblaran las carnes de espanto con lo que iba sabiendo y la experiencia que hacía de las cosas y personas de aquella comarca, en mucha parte inculta y montaraz.

Concluido el café, quiso mi huésped mostrarme el escenario en que tales figuras se movían y tales sucesos se representaban de cuando en cuando solamente, según el decir de Pedrola, quien no cesaba un punto de ponderar que era cosa de nada lo de actualidad, retozos de gente brava y arisca, en los que si a veces llegaban a mostrar los dientes y las uñas, los mordiscos y zarpazos nunca o casi nunca pasaban de la piel:

juego de fierecillas, caricias sin consecuencia..., salvo cuando el demonio del alcohol les movía a ejecutar alguna barrabasada como en cualquier parte del mundo civilizado. ¡Cosas de aquel señor tan buenazo y campechano!

Con el propósito indicado, nos echamos a la calle y luego la emprendimos con el cerro de Jorobada, es decir, empezamos a treparlo por una angosta vereda que seguía culebreando los declives de más fácil acceso. Jadeantes y sudorosos llegamos a la empinada cima, y ya en ella, tras breve pausa, exclamó Barbines, encarándose al occidente:

—La llanura aquella extensa y dilatada, que tal cual mancha de arbolado, no muy alto ni muy tupido, recorta allá y acullá, árida en partes y en partes alfombrada de verde y menuda yerba, avanza casi hasta el propio mar, o, por mejor decir, hasta su playa cómoda y tendida por donde se comunican varios pueblecillos de la costa con más holgura y comodidad que por estos caminejos de tierra adentro; este de mi derecha es el valle de Jorobada y las mejores haciendas en todo género de ganado están fincadas en él. Del valle salen los famosos caballos de la Provincia, o si quieres los centauros de Jorobada, pues nunca verás un *montuvio* de acá sino a horcajadas sobre un bruto de esos, como si el hombre y la bestia estuviesen hechos de una sola pieza, vaciados por la mano de la Providencia en el único molde posible, a lo que entiendo, para tales gentes. Las temporadas de verano son deliciosas en las alegres y rústicas caserías que ves esparcidas por todo él. Trasponiendo aquellas lomas que le ciñen y redondean por el norte, está la montaña, es decir, la riqueza del

país que sale en cacao, café, caucho, por el río que le cruza y lleva luego el caudal de sus aguas hasta el cercano mar. Hacia el sur, conoces el panorama, pues le atravesaste para venir acá. Cerros escuetos y pelados en prolongada y fatigosa cadena para la vista de quien los contemple desde aquí o del viajero que los cruza. En esa tristísima soledad, donde crecen algodonereros gigantes, donde no hay un manantial que pueda apagar la sed, ni un pájaro siquiera entre los matorrales que alegre los oídos o las miradas del viandante, por entre quiebras, vericuetos y callejones, no han faltado nunca ni faltan todavía prófugos y criminales que hagan de las tuyas en plena seguridad de que la justicia no alcanza a extender hasta ellos su mano poderosa.

—¿Y la policía rural?—pregunté.

—Y la carabina de Ambrosio allá se van; pues busca conspiradores, y es burla de foragidos.

Hundí la barba en el pecho exhalando un gran gemido de desaliento, como si con aquella tristísima verdad me hubiesen dado un golpe de maza en la cabeza. Y tras breves momentos de silencio, Pedrola de Barbines profirió:

—Te abrumba lo dicho; pero es la realidad. Déjate de cavilaciones. Ni tú ni yo hemos nacido para remendar o componer la endiablada y desconcertada máquina del Gobierno de la Nación.

—¿Y a todo esto—interrogué—podrás decirme de dónde le viene al pueblo el nombre de Jorobada?

—A la vista está—contestó el interpelado señalando con el índice de la diestra la población que se desparramaba a nuestros pies con sus ca-

sas desiguales y blanqueadas, a uno y otro lado del camino real.

—¿Cómo a la vista?

—Porque Jorobada tiene su asiento en esa como excrescencia o joroba del cerro en que pisamos y llega a cerrarle el horizonte por el este. Hacia acá, parece que las casas van trepando a gatas cerro arriba, y hacia allá, están asomadas al abismo y poco falta para que se despeñen cuesta abajo lavaderos y cocinas. El riachuelo que pasa lamiendo la falta del cerro semeja a esa profundidad leve cinta de plata, y es lo cierto que su caudal en el verano apenas sirve para humedecer el lecho que recorre; no así en el invierno, pues desciende y sigue impetuoso y crecido hasta unirse aguas abajo con el que cruza la montaña e ir a sepultarse juntos en las profundidades del océano. Esta es, amigo mío, la comarca, y esos de que te hablé anoche, los hombres de Jorobada. El escenario es pintoresco, de los actores puedes tú juzgar con el criterio que te plazca; sólo me temo mucho que quieras aplicar el que sin duda tienes para las borrascas mundanas a las rusticidades, astucias y venganzas de unas gentes y unos pueblos diseminados a la buena de Dios entre el caserío aldeano, la tierra de labor y los casi impenetrables bosques de esas montañas seculares. Con lo dicho basta y aunque no bastase, el sol pica... y cuando el padre de la luz ilumina de tal suerte el horizonte de Jorobada no hay más sino ponerse a salvo del calorcillo que despiden los encendidos rayos con que a diario nos alumbra y tuesta y guarecerse bajo techado, no sea que le derrita a uno los sesos, si algunos le quedan por acaso con el ardor de aquel y el gobierno de esta parroquia.



Dicho lo cual dimos la vuelta al pueblo con grandísimo alborozo de Pedrola y no menos contento de mi parte, pues creía yo que a lo menos iba a descansar de las fatigas y emociones del viaje y de la congoja y pesadilla de la noche anterior, a la luz del día y a la sombra protectora del gran señor de Jorobada.

IV

Pero no hubo tal descanso. Qué había de haberlo con un forastero en casa del cacique! Lo natural era suponer que menudearían, o no faltarían cuando menos, las visitas de cumplido o bienvenida. Y en efecto, algo de eso sucedió con grandísimo contento de Pedrola, que se desvivía por atenderme, y porque me atendiese también la gente principal de Jorobada, se entiende la que se llevaba y se trataba con él, que era mucha y de viso. Fué el primero en acudir un señor de muchas campanillas, si bien era poco o nada lo que sonaban entonces, tan gastadas las llevaba por lo mucho que las habían repicado en época lejana de inolvidable recordación.

—Don Juan Pablo exclamó al punto Pedro-la de Barbines, viéndole llegar. Y añadió en seguida:—Es el león de Jorobada. Ahí donde le ves, viejo y todo, sacude la melena y echa cada zarpazo que da miedo de veras. La gente le respeta, y puedo asegurar, que es él el único habitante de la provincia que la pasea solo en toda su extensión, caballero en la famosísima *tirana*, y sin un arma sobre sí. Valor extremado, a toda prueba, un carácter avinagrado, una murria de

todos los diablos y un desdén soberano por las cosas de actualidad, son los componentes de ese hombre que, a decir verdad, es uno de los pocos y raros ejemplares que sobreviven de aquella edad dorada que te pinté no ha mucho. Fué rico como el que más; pero ha venido a menos en su fortuna, porque la mayor parte de ella se la ha gastado, con bonísima intención en los cinco cachorros que acabarán un día de éstos por chuparle la sangre, si es que no se la tienen ya envenenada a fuerza de sinsabores y amarguras.

Dicho esto, adelantóse Pedrola a recibirle pues que trasponía ya el umbral de la puerta. Y hecha luego la presentación del caso y cambiados los respectivos saludos, dijo aquel:—Aquí tiene Ud. a mi huesped y amigo, encantado con Jorobada, sus gentes y costumbres. En poco está que se nos quede para honra del pueblo, y contento mío y de amigos como Ud., Señor don Juan Pablo.

—Se entiende, se entiende. Pero es verdad eso que dice Pedrola?—interrogó el león de Jorobada, que por lo visto estaba algo desmedrado, aunque mostrando todavía en su arrogante porte señorial, que bien podía ser el soberbio y majestuoso rey de la comarca.

—No tanto mi señor don Juan Pablo. Yo sería el honrado, yo el contento, yo el agradecido y lisonjeado. Puede que hasta llegara a encariñarme con las gentes y costumbres que dice Pedrola. Al fin y al cabo lo nuevo y original tiene su atractivo, y si a veces acontece, que repugna de pronto, proviene esto de la poca o ninguna voluntad que ponemos en descubrir la oculta hermosura, el velado misterio, el mágico hechizo que suele haber en todo ello, más que

de la propia fealdad o repugnancia con que de improviso se nos presenta. Pero hay quehaceres, atenciones que me llevan a otra parte, y como el refrán enseña que la obligación...

—Claro! La obligación primero, luego la devoción. Ya dudaba...

—Digo, que volveré y que para entonces queda aplazado el caso.

—Pues yo, montaría en la *tirana*, y a buen paso y sin volver la cara atrás me iría... qué se yo a dónde me iría! Lo importante es huir, escapar de este infierno, porque Jorobada, aunque me esté mal el decirlo, pero la verdad por delante, es un infierno, o poco más si Ud. quiere. Y como Jorobada hay un pueblo, y otro pueblo, y diez más. Vamos, que toda esta tierra se la lleva el diablo de tiempo atrás, como natural consecuencia de la maldad de las gentes, muchas de ellas forasteras y a menudo las peores, del estrago de las costumbres, y, sobre todo, del desbarajuste político que aquí pasa de la raya, principio y causa de cuantos son nuestros pecados y nuestras enormes e inacabables desventuras. Cuenta si lo sabré yo, que tuve en estas manos hoy débiles y flacas el gobierno de la Provincia. Pero aquellos, amigo mío, eran otros tiempos; caráspital otros tiempos, y otros usos, y otros hombres. Qué energía arriba y qué obediencia y qué respeto abajo! Los tiempos del *Tirano* eran aquellos, y yo el brazo del *Tirano*. Qué brazo el mío para regir y gobernar, y qué cabeza aquella, qué cabeza, como no la ha habido jamás, ni la habrá en mucho tiempo. Entonces viajaba Ud. sin el cuidado de una asechanza y comía en paz y dormía a sueño suelto. ¿Viajar? ya viajo hoy como puedo. ¿Comer? como al fin por mal

y mal cabo. ¿Pero dormir? quién dijo dormir con la baraunda y el alboroto que meten esos condenados! Aquí donde Ud. me ve no he cerrado los ojos en toda la noche, con una maldita guitarra y unos cantos y unos zapateos que me han aporreado los oídos desde la taberna o *salón*, de aquel hijo de Colombia y Baco que lleve el diablo. Esto es una abominación. Ud. —profririó dirigiéndose a mí—con el cansancio y el movimiento del viaje, pues no está hecho a semejantes trajines, habrá caído en la cama como un muerto: digo, habrá dormido de un tirón sus seis o siete horas largas. Qué envidia me da Ud.!

—Poco o nada tiene Ud. que envidiar, repuse al punto—pues si a Ud. le desvelaron con aquella serenata de cuerda y voces, por acá la tuvimos más sonada y terrible: hubo tiros y cuchilladas. La mar!, señor, la mar! Una borrasca como no la imaginé en sueños jamás.

—Qué digo yo—exclamó don Juan Pablo, poniéndose en pie y sin poder contenerse—esto es una perdición segura, y el día menos pensado nos ahorcan lindamente empezando por Barbines y acabando por el tabernero, que es un borrachín que emborracha adrede a todo el pueblo. Fuera yo gobierno y barría a Jorobada de holgazanes, borrachos y valientes como los que aquí se matan a diario sin acabar de matarse nunca. Y este Teniente que olvida que es de necesidad aplastar para que el mando resulte eficaz y provechoso. Porque ándese Ud. con paños tibios, y qué la democracia y qué la libertad!... Nada hombre, haga Ud. cuenta como si lo viera, y ya lo está viendo, que esas zarandajas nos han echado a perder, o mejor, nos tienen rematadamente perdidos. ¿Quién aprovecha

de ellas? Esos vagamundos que se nos suben a las barbas, y nos roban el sueño, y nos quitan la honra, y nos amargan el pan. Vamos que no transijo con la libertad del aguardiente de caña y la fraternidad de la taberna, *pulpería* o *salón*. Oh, el *Tirano!* Aquello era comer, dormir y vivir en santa paz y reposo!

Y sin despedirse, se salió escapado, bramando como un toro herido, no sin que Pedrola se riese por lo bajo y le siguiera yo con la mirada pensando si aquel león sería capaz de clavar las garras en el corazón de Jorobada por ver de arrancárselo, y poder así comer a su sabor y dormir en santa paz, aun cuando esto fuese sobre el cadáver de su pueblo.

Descendía ya la escalera, cuando, sin volver la cara bufó más bien que dijo:—Por ahí me encontré al *oso* hecho un veneno. Un veneno jehl por lo que importe el aviso.

Volví los ojos a Barbines con la nueva del tal aviso, y leyéndome éste en la mirada la sorpresa que me causaba la noticia lanzada al aire por don Juan Pablo, díjome al punto:—cosa de nada, o mejor aún, cosas de ese león que en todas partes ve escándalos, maldades y corrupción. Chocheces.

—¿Estará tocado?—apunté por lo bajo.

—Siempre lo estuvo. La vida se le ha pasado en guardia contra el prójimo, que al buen señor se le representa como animal dañino de instintos depravados e ingénita perversidad, pronto a clavarle las uñas o los dientes por chuparle la sangre, y con ella la mucha hacienda que tiene o tuvo. Pero es la verdad que no ha sacado un arañazo siquiera de esa lucha en que él se imagina empeñado setenta años hace: y en

cuanto a las mermas del caudal las debe, ya lo sabes tú, a los zarpazos que le echan a menudo los cinco cachorros que le ha dado Dios por hijos en su infinita sabiduría. Unas fierecillas de verdad que se andan por ahí medio perdidas y extraviadas, a pesar de cuanto ha hecho y hace don Juan Pablo por amansarlas y domesticarlas, y de las sumas que ha empleado sin ningún provecho en echarlas fuera de Jorobada, creyendo que el mal estaba en el aire que respiraban y en el trato y roce con las gentes y cosas del lugar. Creía que la maldad la tomaban por inhalación, que estaba aquella en el ambiente corrompido de Jorobada, y que ésta era el cenagal de miasmas pestilentes. ¡Nada, queridísimo! Han vuelto peores que salieron. Es decir que a lo malo de aquí, a la perversa y tosca condición lugareña, han sumado los vicios de allá con su respectivo y engañoso disfraz de cultura y refinamiento; de donde resulta que en los tales chicos tiene don Juan Pablo bastante para aburrirse, desvelarse y digerir cochinamente lo poco o mucho que come, pues en este punto puedo asegurar que devora en ocasiones como un león del desierto acosado por el hambre. En conclusión, para que don Juan Pablo acabe en santa y deleitosa paz los días que aún ha de vivir en este bajo mundo, no le hacen falta ni el mando que dice, ni los llorados tiempos del *Tirano*. Lo que él necesita es el amor de los suyos, la alegría y el contento del hogar; y borrar de la memoria, si lo puede, que su mayor culpa fue casarse por codicia de la dote, con una mujer, aunque buena y honrada, loca sobre toda ponderación, con la extremada locura de los celos. Murió la infeliz, pero dejándole al par que la apetecida dote esos cinco reto-

ños con la savia de sus extravagancias y locuras, para tormento del pobre viejo y expiación de aquel su pecado de codicia.

—Basta de león por ahora—apunté yo—pues me está picando la curiosidad de saber algo de aquel *oso* que dijo don Juan Pablo, y que al parecer iba hecho un veneno. Por lo visto, amigo Pedrola, Jorobada es un *nido* de fieras.

—Puede que sí; pero el *oso*, que yo sepa, no ha sacado hasta hoy las uñas. Es buenazo de suyo y fino y bien educado, todo lo cual me hace creer que el haberle visto hecho un veneno es pura imaginación de don Juan Pablo, quien mira siempre al través del negro cristal de su aburrimiento. Con todo, allá va lo que sé de esa fiera tan mansa y apacible como un corderillo, o más todavía, si cabe.

V

Y comenzó así, sobre poco más o menos: —Avecindóse en Jorobada un sujeto de allende el Carchi, el cual en los dos años escasos que duró aquí con su tenducho de comestibles, sus burlerías disparatadas y las agudezas rechispeantes de su humor alegre como unos cascabeles, trajo revuelto el pueblo y hasta las caserías de los contornos, al punto que el tenducho mixto de pulpería y de taberna, rebosaba de gente a todas horas, colgados unos de las garrulerías del forastero, otros como clavados en el suelo por obra sin duda de lo que allí se bebía, que era mucho y fuerte. Se decía hijo de andaluz, y no estoy lejos de creerlo, noble, rico y hasta poderoso, si llegaban a apurarlo. Su abolengo, lo hacía remontar poco menos que a los tiempos de la invasión de los árabes en España, y, según él, venía en línea recta de varón de un califa de Granada, que tuvo sus amorfos con una cristiana, la cual, sin fuerza ni violencia, antes bien voluntaria y amorosamente, se rindió a la gentileza del moro. De esa mezcla de sangres provenía aquel coraje bravo e indómito de que se jactaba, y que le había hecho consumir más de una heroica hazaña en tal cual guerra civil. Ponderaba

su vista y su destreza con las armas de fuego, y se le oía asegurar que podía con ellas matar en el aire un mosquito que fuera.

El vino de su mesa le llegaba de ciertos majuelos que tenía por allá, y las aceitunas de unos olivares renombrados en toda Andalucía. El surtía a medio Ecuador de embutidos y chorizos, pues se mataban por cientos los puercos de su manada. Las frutas en conserva que vendía en Jorobada, eran de unas huertas deliciosas que poseía a orillas del Guadalquivir, cuya mayor cosecha la compraban o se la comían los ingleses, pagándola bien cara. Todo esto, y mucho más componía la herencia de su padre el andaluz, pues así lo afirmaba ponderando las riquezas del difunto que, a buen seguro, no tendría otras sino aquella de su imaginación fértil en embustes de la luya, y el tesoro de su lengua mentirosa, en la cual estoy cierto que le heredó el hijo y aún salió mejorado en tercio y quinto. Solía añadir que viajaba por recreo y que vendía en Jorobada por llenar el tiempo y distraerse con ello.

Era de frase pondérativa y pintoresca y con las mujeres un almíbar, tanto que apenas llegado al pueblo lo primero que hizo fué ponerle la vista a la hija de la casera, una hembra de muchas carnes, de gran talla y tan morena de color que éste tocaba ya en lo oscuro y tenebroso. La soltería, en que había vegetado la pobre hasta los treinta y cinco largos años, estaba dando claro testimonio de la casi fealdad de su rostro y de la poca o ninguna gracia que tenía, para suplir con ella la falta de mejores atractivos a los ojos de un galán. Así, con el primer requiebro del hijo del andaluz, que los soltaba por costum-



bre y buena crianza, según decía, ya estuvo hecha un alfeñique, o por mejor decir, una melcocha, tal se puso de blanda y dulce aquella inexperta mujer, la cual llegó a sentir en todo su cuerpo un hormigueo tan extraño que no le era dado sosegar mientras no viese al forastero echándole unas miradas de carnero moribundo desde la ventanilla de la trastienda, donde plantó sus reales para llevar a efecto la hazaña que consumó en seguida. Pues le bastó el heredado tesoro de su lengua, la riqueza de su inagotable facundia y aquel atractivo irresistible de sus pintorescas exageraciones, para que la pobre mujer se le rindiese enamorada, aviniéndose a todo, hasta a hacerle padre a los diez meses cabales de su llegada al pueblo. De esa unión realizada por la sola voluntad de los contrayentes, un fullero charlatán y una infeliz hija de Jorobada, aprovechó el pulpero lo indecible, pues malbarató y deshizo los pocos bienes de ambas mujeres, y dejándolas por tablas y acomodado él de lo que pudo haber con tal desbarato y el precio de los comestibles del tenducho que vendió a un italiano, se mandó cambiar, sin que nadie se lo estorbase, con una *embajada* de su gobierno para el zar de todas las Rusias. No se ha sabido de entonces acá en qué pararía el padre de Joaquinito, que así se llama el hijo de la mestiza, ni si estará aún en Rusia o en la Siberia pagando las diabluras de su traviesísimo ingenio.

La abuela y la infeliz madre del nietecillo del andaluz, hicieron frente a la desgracia con ánimo sereno y resignado; y gracias a sus raras habilidades y a lo que se afanaron y trabajaron en cocinas, lavados y costuras, pudieron vivir honradamente el resto de sus días, que no fueron

muchos en verdad, sobre todo los de la *viuda*. Dos años escasos sobrevivió a la burla del forastero, y poco menos a los dolores de aquel parto que no fué el de los montes, pues se dijo entonces, que el fruto de aquellos amores había sido un oseño, un monstruo por lo horrible y peludo.

La noticia cayó en Jorobada como una bomba. Los vecinos se miraban unos a otros con cierto pasmo y sobresalto sin atreverse casi a pronunciar palabra, tanto y tanto se afirmó y pregonó en casas y portales que aquello no era ni podía ser un *cristiano* o cosa que se le pareciese, sino un oso con sus pelos y señales, *un fenómeno de la naturaleza*, un castigo del cielo, que se metía por los ojos; y en fin, que había que verlo, como en efecto lo vió y palpó el vecindario todo, cuando la sorpresa del momento se trocó en curiosidad y afán invencibles de conocer al monstruo, de palpar al oso, de oírlo rezongar, porque el animalito berreaba o gruñía como una fierrecilla, de mirar por último aquellos ojos pequeñitos, que centelleaban al igual que brasas entre la espesura de unos pelos lanudos que se los cubrían o poco menos.

Pero saciada al cabo la curiosidad resultó que había en todo ello mucho de malicia, y que el recién nacido era un *cristiano* de verdad o lo sería pronto, y que el tamaño, la color, los pelos y la ponderada fealdad, si bien le daban apariencias de animal bravo, no llegaban a la realidad tan netamente asegurada. Tanto más cuanto hubo vecina de por ahí que con suma discreción pudiese luego cerciorarse de que el crío aquel no tenía apéndice, por donde pudo colegir que, en faltándole rabo, el recién nacido no podía ser oso ni de lejos. Lo que hay de

cierto es que fué el propio forastero quien dió la noticia de haberle nacido un cachorro que más parecía alimaña que *prójimo*, según el pelo que sacaba, y aquel color de cría y aquella herramienta de las mandíbulas: unos colmillos afilados que ponían miedo. Y cuenta que lo de Jorobada era una vergüenza para su fama, pues al decir de aquel botarate, él no engendraba sino gigantes y semidioses, Polifemos, Anteos, Hércules, feos unos, hermosísimos otros, pero todos de mucha fuerza, majestuosos, fornidos como él, que era una figurilla más frágil y quebradiza que un muñeco de barro cocido.

Huido el padre de Joaquinillo y muerta a poco la madre, quedó el muchacho al cuidado de la abuela, quien nunca pudo domesticar al monstruo, pues éste tenía unas genialidades y unas asperezas de carácter que le volvían fiera de verdad.

Pero fue el caso, que cuando Joaquinillo llegó a los seis años, ya no tuvo el amparo siquiera de aquella abuela que se murió del *corazón*, dejando en la miseria y la orfandad al pobre muchacho y sin arrimo que le valiese poco ni mucho. Llegó la triste nueva a oídos del padre de Inesita y buenazo y compasivo de suyo, cargó con las sobras del fullero que engañó a la mulata.

Joaquinillo fué otro *hombre*. Es decir que en casa de Inesita, la que llegó a aficionársele de veras, el oso se convirtió en mansa oveja, sumisa, devota y agradecida al cariño y los cuidados que largamente le prodigaba aquella inesperada y gentil protectora que tenía entonces cosa de diez años. Allí acabaron las genialidades y asperezas de carácter, allí soltó la piel

velluda de bestia indómita y bravía. Se pulió y afinó; y con el tiempo no sólo supo leer, sino que alcanzó muy merecida fama por su pasmosa habilidad para improvisar coplas, componer versos y escribir cartas como el más pintado. Era un archivo de canciones amorosas hijas de su fecunda inspiración. Las solía entonar con singular encanto y acompañándose de una vihuela, en que fue muy diestro para tocar de punteo o rasgueándola con gracia y desenfado inimitables. Con tan señaladas prendas, la popularidad de que gozó luego, y su índole pacífica y cariñosa, llegó a borrar la mala impresión que dejó en el pueblo el autor de sus días; y se reconoce, después de todo, que es herencia del padre y del andaluz, su abuelo, aquella feliz disposición para las letras y la música, merced a la cual Jorobada cuenta con un trovador salido del pueblo y en quien la musa de éste se manifiesta y luce con el atractivo pintoresco y original del arte no aprendido en libros y papeles.

Claro está que nadie reconocería en Joaquinito al oso primitivo. El ojo más experto no hallaría en él pelo ni señal de la tal fiera; y como dije antes, es el ser más inofensivo, suave y humilde que habita en Jorobada. Tiene cierta afición a ejercicios corporales, le gusta internarse en la montaña y volver cargado con los despojos de sus correrías que suelen ser abundantes como gran cazador que es. Nada como un pez; a pie o a caballo es infatigable, y cuando en ello se empeña, saca unas fuerzas que parecen imposibles en ese cuerpo alto y delgado, que más bien tiene traza y porte señorial, que ademanes o modales de jayán.

Nadie le ha conocido enamorado, e Inesita

se muestra encantada con haber redimido de la miseria y el abandono al infeliz huérfano, y con haber hecho a fuerza de esmero y solicitud, un hombre útil para las *letras* y provechoso, además, para las faenas agrícolas en que es muy entendido, de aquel osezo peludo que tanto miedo y tanta bulla metió al salir a la luz del sol que alumbra y caldea sin piedad esta tierra de Jorobada, hoy cabeza de su imperio.

De Inesita se sabe que está rematadamente prendada de un hijo de don Juan Pablo, el menor de ellos, menos malo que los otros, inteligente en números, llegado de Londres hace poco con mucho material de libros y herramientas para el *cultivo* de las matemáticas. Pero hasta el día de la fecha, ni siembra un grano, ni abre un camino, ni tiende un puente, ni calcula siquiera los días del año que se le pasan en blanco, ya en viajes sin objeto, pues nunca levanta los planos que dice, ya en enamorar a la Inesita, que esta vez me temo mucho salga burlada en su empeño de adoctrinar y enseñar, pues si el hijo de don Juan Pablo se le muestra rendido y devoto, es por alcanzar favores y no por salir un perfecto caballero de ese amor en que se abrazan y arden uno y otro.

Y pongo punto aquí, pues sabes ya bastante de Joaquinillo e Inesita, la santa milagrosa que hizo del oso aquél el cordero de Jorobada.

VI

Apenas levantados los manteles de aquella mesa siempre rica, limpia y abundante, presentóse un joven al parecer hasta de treinta años, muy afeitado, pulcro en su persona y atildado en el traje. Era alto, pálido, ojeroso; de cabeza larga y aplastada, y unos ojillos de raposo tales, que daban a entender claramente que allí había mucha trastienda o cosa parecida. Cortés y atento sobre toda ponderación, sólo que parecía afeminado en sus modales, y un si es no es prendado de su persona y petulante. Llevaba muy engomadas las gafas de un bigotillo negro, no muy fino ni poblado, que acariciaba a menudo.

Barbines me lo presentó con la recomendación de que ejercía por allí la profesión de abogado, pues lo era en realidad, y ponderó también la afición del joven Alejandro al periodismo, para el cual escribía a falta de periódicos locales, muy largas y sustanciosas correspondencias que firmaba Danton, por ser de los *rojos*, con un decir crudo y espeluznante, descreído de más de la marca; y como revolucionario, atroz. Sentía como el que más un amor sangriento y diabólico por la santa y esquiva Libertad.

—Vamos, amigo Alejandro, ¿cómo es posible que con un título de abogado y su inclinación al periodismo militante, se avenga Ud. a vivir en Jorobada, donde no hay, ni habrá en largo tiempo escenario a propósito para eso ni mucho menos?—le interrogué de pronto, habiéndose escapado el cacique y dejádome a solas con aquel Danton montañés.

—No soy de este lugar, ni en él vivo,—contestóme sonriendo.—Recorro la comarca porque mi profesión a ello me obliga. Soy de Villablanca, población que dista algo de Jorobada, y tranquila como pocas. Desde allí lanzo mis dardos más agudos y acerados contra todas las tiranías y todos los abusos, con la palabra o la pluma. Esto, no me vale aquí mucho; pero aquello me sirve a maravilla para irme de pueblo en pueblo anunciando a las gentes el próximo reinado de mis ideales político-religiosos. En las grandes ciudades sobra quien tome sobre sí esta carga de la propaganda democrática-radical, fuera de que, si bien se considera, no es allá, donde hace falta el sublime apostolado de la Libertad, ni donde, por lo visto, aprovecha más. Intereses mezquinos y egoístas, las menudencias diarias de la vida, la práctica del comercio, las necesidades de la industria, el papel fiduciario, y que sé yo cuantas zarandajas más, son estorbos positivos e infranqueables para la acción libre y desembarazada de una completa regeneración o transformación. La evolución es una pampolina, una mentira gorda. ¡Si lo sabré yo! o se hacen las cosas de golpe y porrazo, o no se piensa en ellas. Pues decía a Ud., que el caso es muy distinto acá. Son gentes más o menos sencillas e ignorantes, casi sin arraigo en

su mayor parte, en lo que importa para nuestros fines; la masa ¿eh?

—Entendido. Las masas populares.

—Justo! Y como la democracia igualitaria y verdadera tiene que surgir de abajo...

—¡Justo y caball! Remueve Ud. el fondo para que salga a la superficie y sobrenade.

—Eso. Mire Ud. si acierto en vivir lejos de esos hombres que todo lo sacrifican y posponen a las dulzuras de una vida regalada y mundana. Maldito el caso que hacen ellos de la *salud* del pueblo, que es el fundamento de la República. Para que no todo sea sembrar en dura peña, menester es que lo hagamos en tierras fértiles y abonadas como estas, donde las ideas prenden con una facilidad pasmosa, y donde prendidas ya ahondan tanto las raíces que desafían luego la furia embravecida del más recio y tremendo vendaval. Seré si Ud. quiere un mártir de mi propio apostolado; pero no han de faltarme fe y esperanza para la obra redentora que traigo entre manos, así vea que la flor de los años se me agosta en las asperezas y soledades de estos valles y estos montes.

—Pero—me atreví a insinuar—con los ánimos soliviantados y las costumbres perdidas, como sucede ya, por mucho y bueno que predique Ud. con la palabra y el ejemplo, nunca alcanzará a fundar la República, o sea la democracia igualitaria que Ud. dice, sobre la firme y segura base de la virtud que indicó el otro. Estos pueblos rurales e incultos a causa de la propia sencillez e ignorancia y de la facilidad con que acogen novedades que les suenan bien y hasta los deslumbran por venir envueltos en frases aparatosas y palabras de relumbrón, son, a lo que en-

tiendo, campo peligrosísimo para ensayos y transformaciones como las que pretende Ud. Creo que buen ejemplo de ello tiene Ud. a la vista. Ni cómo podía ser de otra manera. Libertad, derechos, los queremos todos: Ud. y yo... y ellos. Pero como libertad para obrar el bien siempre la hubo, y el bien a veces no es ganancia que les lisonjea, ni de mucho empeño, sucede que la codicia y el odio se alzan a mayores, y que las ideas de igualdad, justicia, derecho, desaparecen en la fiebre y el delirio de la pasión, o sólo sirven para que agarrados a ellos trepen algunos muy alto, proclamándolas y ensalzándolas ciertamente a todas horas y por todos estilos, pero sin estimarlas en más que lo que les pueden valer para el logro de sus ruines intentos de medro y predominio. Y si Ud., como desde luego lo supongo, es de los que predicán y trabajan de buena fe por el imperio de esos ideales a que la humanidad va acercándose poquito a poco, muy lentamente, al correr de los tiempos y de todas las ignominias, de todas las traiciones, de todos los martirios que forman la historia del destronado rey de la creación; se encontrará Ud. con que, sin pensarlo ni quererlo, fué de los que acercaron la tea para que los caseríos ardiesen; de los que removieron el fondo de las aguas para que surgiese el cieno pestilente y nauseabundo en vez de las arenas de oro en que llegó a soñar; de los que arrancaron el arado de manos de inocentes y rústicos campesinos con el fin de trocarlo en arma homicida, resultando de ello, que desconocida o burlada la ley del trabajo, quede inculta y estéril aquella tierra bendita, tan feraz como sumisa, que devolverá agradecida, convertido en dulce y sazo-

nado fruto, las gotas de sudor que la humedecían fecundándola; de los que despertaron la ambición mal dormida y las pasiones de la muchedumbre, para convertirlas en discordia de muerte que pasea desenfrenada y sangrienta sobre montones de cadáveres, sus conquistas de abominación; de los que levantaron las masas para las victorias incruentas de la libertad, y ganaron con ello verse aplastados con el desquiciamiento estrepitoso del edificio social, que fué obra de pocos, más que de la fuerza ciega del mayor número, que no hizo en esto sino obedecer al impulso recibido y comunicado en daño propio y ajeno. Para concluir ¿es Ud. hombre de acción? ¿Digo, de arrojo, para encauzar a tiempo el torrente si resulta que embravecido e impetuoso, no sólo llega a desbordarse, sino que torcido el rumbo lleva el estrago y la desolación con el turbio caudal de sus revueltas aguas?

—Francamente, no había pensado en ello, y, por lo mismo, no atino con la respuesta. Créa, por otra parte, que las cosas no llegarán al punto o extremo que Ud. dice. Lo que es en lances de esfuerzo y valentía física, nunca me ví a Dios gracias.

Ese es otro error, amigo mío. No basta firmarse Danton, sin serlo siquiera en apariencia. Por lo demás, es otro y de muy distinto género, el valor de que quise hablarle. Las fuerzas físicas, la agilidad del cuerpo, un brazo firme y recio, pueden servir y de hecho sirven mucho en ocasiones; pero en el caso a que me refería, importan más una conciencia despejada y serena, una voluntad briosa e indomable y aquel valor moral que han menester los reformadores y los mártires, si no quieren que las gen-



tes se burlen de ellos, los menosprecien y aplasten por blandengues y viles. No se empeñe Ud. en hacer de las ideas bombas y explosivos que estallen a lo mejor; procure Ud. que todos quepan y amigablemente se propaguen y prosperen dentro de los términos de una crítica razonada y comedida, que de esta suerte al fin y a la postre acabarán por triunfar e imponerse las que la razón comprenda y la conciencia acepte. En esta máquina del mundo, en la complicada y maravillosa trama de la vida, hay mucho de pasajero y relativo, que no es esencial, sino mero accidente. El toque está, a lo que entiendo, en no empeñarse locamente por cambiar de golpe instituciones y creencias, dejando las propias costumbres y los mismos hombres; si es que a éstos no los hacemos peores a fuerza de ponderarles una felicidad que jamás les daremos. Y no es que al verse burlados en la esperanza de un bienestar y una comodidad que no lograrán con deslumbradoras promesas de redención, y al sentirse luego en lo más hondo del abismo de abyección y de miseria en que se hundieron por culpa de soñadores y visionarios, no es mucho digo, que se vuelvan airados y justicieros contra sus nuevos amos y señores.

Por aquí iba de mi discurso, bien entrada la noche, cuando tuve que dejarlos por oír la voz de Pedrola que, de vuelta ya, me decía entrando en el saloncito donde me hallaba con el Danton contrahecho de Villablanca.

—Por allí me dejo al *oso*. Llega de alguna correría por los alrededores según lo rendido y tristón que parece. Nada de veneno; ni por asomos. Cierto que en la mirada tenía un no sé qué de extraño, algo entre veladura y relampagueo.

¿Revelación de lágrimas o de ira? No acierto con ello. Tal vez algún lance de amor y de fortuna que le habrá dolido hondo. De fijo que están en el enredo Inesilla y el galán de que te hablé. Pero el veneno estaba en el pensamiento y en los ojos de don Juan Pablo. Pasando a lo que importa, sábetete que vendrán luego Pepe, el médico, Dn. Anselmo, el factotum de Jorobada y el grande y sapientísimo Arnay. Son tres insignes y renombrados tresillistas. Tú les harás el cuarto, y se te pasarán así, regocijado y contento, las primeras horas de la noche; con lo cual aliviado un poco del peso de las imaginaciones que te asedian, dormirás como un patriarca tu primer sueño en Jorobada, que es mucho dormir en este rincón del mundo.

El abogado, Alejandro el *Medroso*, no quiso ser de los de la tertulia, y alegó por excusa el tener que escribir largo y tendido *sobre el inaudito atentado de una prisión con grillos*. Solía, además, por costumbre, recogerse temprano. Recelaba algún mal encuentro en la oscuridad de la noche. La casa en que vivía distaba una cuadra larga de la de Pedrola, y estaba como *sitiada*, por otra y otras de gente enemiga.

Admiróme la precaución; pero mi huésped, sabiendo de atrás lo pusilánime y cobardón que era aquel valientazo de la pluma, no se sorprendió por ello, antes bien dijo:—ese Danton no es de Jorobada. A la vista está, por lo que le tiemblan las carnes.

Referíle en pocas palabras los propósitos del abogado y como le había ya contradicho traspassando acaso los límites que me señalaba la más trivial cortesía, pues era aquella la primera vez que trataba a mi colega de Villablanca

y podía sentirse lastimado de la tenacidad de mi empeño por disuadirle del suyo, que no era otro, según se me alcanzaba, que el de llegar a una demolición completa y cimentar luego sobre escombros todo un nuevo orden de cosas, que entendería él.

Déjate de boberías—respondió Barbines—. Ese braguillas, es un Danton sin consecuencias. Si le ves arrinconado en Villablanca y otros pueblos rurales, es por culpa de su pobre ingenio que no acertó a ganarse el pan de cada día en cierta ciudad populosa que escogió para teatro de sus menguados y estériles ensayos abogadiles. Aquí vive al arrimo de los suyos y metido en casa, de la que rara ocasión se aventura a salir, por el mucho mal que teme fuera de ella. Y teme sin razón. Más es la lástima que inspira que el cuidado que da. Hablar, no habla con nadie, y menos todavía se mete en prédicas demolidoras cuyas resultas serían una silva espantosa, por ser cosa sabida que entre nosotros el discurso nada vale si no va acompañado y confirmado con la acción pronta y resuelta. El pobre Alejandro no llega en la escala animal ni a la categoría de raposo. Cacarea como una gallina, y dado que entre mis súbditos no encuentra más que gallos cantores finísimos, de pico o de navaja, sucede que el tal Danton anda corrido y sin atreverse a cacarear fuera del gallinero en que vive, entre aves caseras, resfriado y entumecido de recelo de un picotazo que acabe de entontecerle. No dudo que en su imaginación vuelva el mundo del revés, o escriba para revolverlo sandeces vaciadas en el molde harto viejo y desacreditado que usan cuantos a fuer de libertadores comienzan por tocar a degüello, sabien-

do, o debiendo saber, que el toque por sabido y despreciable, a nadie pone ya los pelos de punta, como no sea al ruín y majadero que, a trueque de meter bulla, es capaz de hacer un ruido tal que se espante a sí propio de modo y forma, que con el mucho ruido llegue a oler su persona más que nunca, y no a ambar... al igual que Sancho.

VII

El cacique, al parecer mal de su grado, puso aquí punto a la tremenda filípica con que arrancaba a túrdigas el pellejo del abogado de Villablanca, pues llegaron en esto los tres famosos tresillistas, dos de ellos naturales de Jorobada, y el tercero, el médico de la Capital, y graduado en su docta Universidad. Este, y el gran Arnay, eran andantes, es decir, no tenían asiento fijo en toda la provincia. El uno por causa de su profesión que ejercía en toda ella, y el otro por su oficio de tresillista, que le traía y le llevaba de uno en otro lugar.

Este Arnay, según supe después, vivió del juego únicamente. Era sapientísimo en él, y recorría los pueblos todos de la comarca, no a título de tresillista por cierto, sino de hombre de negocios, pero con el muy conocido y claro intento de dedicar al tresillo unos cuantos días con sus respectivas noches en cada lugar, y con las ganancias, seguras siempre, tan diestro y mañoso era, atender al despilfarro y al lujo de los suyos que vivían muy holgada y cómodamente en la capital de una República vecina. Pensar que él gastase un sucre en comida o vivienda, sería pensar en lo excusado, pues le sobraban amigos

y parientes que le mantuviesen y alojasen de balde. Tales bondades solían, además, salir caras de cuando en cuando, por lo que se lleva en dinero sonante y contante de propios y extraños, debido a su pasmosa habilidad en el juego. De suerte que, alimentándole y alojándole, todavía el pariente o amigo estaban en un tris de tener que contribuir para el boato de la familia de aquel importuno huésped.

Era alto, bien formado, el bigote y el pelo entrecanos, algo más que moreno de color, picoso, de mucha labia y con unos pulmones de toro tales, que en una disputa acalorada, no había sino taparse los oídos o darle la razón quiera que no. Tenía la nariz acaballada, lo que le servía a maravilla para montar en ellas, cuando jugaba o leía, unas gafas de oro que le merecían más cuidados que las propias niñas de sus ojos pequeñitos y traviosos. Como al mencionado Arnay lo que le importaba era llevar siempre los bolsillos bien repletos, sin parar mientes en la procedencia buena o mala del dinero que en ellos vaciaba, fácilmente se comprende que le llamasen *pasa por todo*, y que la gente de ordinario esquivara entrar en litis o negocios con el grande hombre, recelando verse en el caso obligado de tener que cerrarle o sellarle la boca con un fajo de billetes para que recogiese al fin la sin hueso, que en él era tremenda y templase la furia huracanada de aquel vozarrón que hacía retemblar techos y paredes. Yo sé de una herencia que cobró hasta tres veces sin más derecho ni justicia que la espantable fuerza de sus pulmones de toro. ¡Cuenta si es bramar!

El médico de la Capital era un buen sujeto, sólo que, a lo que pude entender, salió más afi-

cionado a la política y a las mujeres que a la ciencia de Hipócrates. Según Pedrola de Barbinés, nunca fué de los malos, si bien contaba entre los ascendientes que le enaltecían con la herencia de sus nombres gloriosos, al famosísimo Doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tisteafuera, pues en concepto de mi huésped, lo rematadamente malo sería que descendiera de aquel Sangredo, supremo Sangrador de gentes y naciones, no menos afamado y gloriosísimo.

Pero pienso yo, que a veces no hay mucha distancia, ni hay mucho que escoger, entre morirse uno de hambre a pura dieta, o por el método de la sangría suelta que aplicaba el otro. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el mediquillo, si prefería la abstinencia para los demás, cuidaba mucho y con grande esmero y solicitud de su propia persona, sin duda por ser ésta titulada. Digo, pues, que la alimentaba y regalaba dándole a comer cosas no solo de substancia, provecho y fácil digestión, pero también apetitosas, por ser harto goloso y delicado de paladar. Era, además, hombre de gusto, y de aquí la inclinación que le notaba Pedrola hacia la hermosa mitad del género humano, en la cual inclinación a un tiempo se mezclaban y confundían el deleite estético, que le producía la simple y agradable percepción de la belleza, que resplandece y cautiva con los encantos y perfecciones que a manos llenas derrama en sus obras la fecunda y generosa actividad de la madre naturaleza, y el vivísimo deseo de esa posesión tangible y material. Y como sucede que aún del embeleso meramente ideal e inofensivo, sin malicia ninguna, por una caída lamentable e impensada a veces, se pasa al goce oculto de algún fruto

sabroso y vedado, el médico, que de una u otra manera había escalado las tapias de cierto huertecillo cultivado con esmero y héchose dueño y señor de él a traición empeñando una palabra, que no cumplía, de adquirirlo luego por medios lícitos, estaba agotadísimo y nervioso al extremo de que el grande Arnay, pudo decir con el registro más suave y meliflúo de su espantable vozarrón, que la noche no había sido mala, pues que los enfermos de Nico le habían sacado, pronto y bien, de un apuro de marca, costeándole el día muy larga y bondadosamente.

Y era la verdad, pues la confusión y desasosiego del mediquillo, más que de remordimiento por el daño causado, provenían del temor de que se le presentara de improviso la sombra airada del Comendador Mendoza pidiéndole estrecha cuenta de aquella profanación y de la honra que le había dejado por los suelos, toda ella ajada y pisada, como si tal cosa. El decía que sombra o realidad airada, todo sería verle delante de sí y descargarle en seguida los seis tiros mortales de un revólver pequeño que enseñó adrede. Pero esta resolución no alcanzaba a calmar en el mediquillo la excitación nerviosa de que daba buena muestra con sus bravatas de colegial, las puestas que hacía y los codillos que recibió del implacable y tremendo Arnay, por saber que el tal Comendador había llegado a Jorobada algunas horas antes e ignorarse el motivo de tan repentina como temida aparición.

Don Anselmo, el factotum de Jorobada, era hombre bien conservado que llevaba a cuestas sus sesenta años largos, como si tal cosa, bajo de cuerpo, gordo en demasía, bastante corto de piernas, blanco muy blanco y con el pelo, la

barba y los bigotes completamente canos: parecía un palomo, como que se vestía también de dril blanco, por andar más fresco y desahogado, según decía.

Entendía de leyes como el más versado jurisperito y escribía pedimentos y alegatos con gran daño y perjuicio del abogado de Villablanca, que se estaba mano sobre mano, resignado con la inutilidad a que le condenaban la malicia y el ingenio del peritísimo don Anselmo, cuyos honorarios subían o bajaban, previo acuerdo con los que habían hambre y sed de justicia, según el número de artículos que llegaba a citar de nuestros códigos o la omisión completa que de ellos hiciera. Entendía por cuenta ajena en la venta de papel sellado y de especies estancadas, como la sal y la pólvora que se consumían en el lugar; recibía ciertos derechos por la matanza del ganado mayor como tesorero de una compañía de bomberos; era anotador y recaudador de las multas de policía; se metía en los juzgados parroquiales y daba su opinión en asuntos difíciles con autoridad indiscutible; en la captura de foragidos y criminales era único, pues llegaba a componérselas de manera y forma que, de grado o por fuerza, iban a dar los tales en la cárcel de Jorobada, hasta que los redimiera o rescata-ra el cacique militar, lo que acontecía a menudo. De la cabecera de cantón acudían los concejales y a veces el Secretario del Ayuntamiento a consultarle sobre puntos y casos de la administración municipal, como que se sabía al dedillo las respectivas leyes y ordenanzas por haber oficiado antes, de síndico primero y luego de secretario.

Con todo, don Anselmo el gordo no medra-

ba, y era un misterio en el lugar qué se le hacían los honorarios de tan múltiples oficios y las propinas con que le halagaban y regalaban por las excelentes habilidades que desplegaba en las ocasiones de apuro.

No le faltaba tampoco amenidad en el trato, y hasta salpicaba con chistes de buena ley su conversación, que era naturalmente viva y regocijada y llena además de recuerdos de pasadas aventuras, que fueron tantas y tan desventuradas, que en esto podía dar quince y raya al ingenioso Hidalgo de la Mancha. Llegó, sin ponderación alguna, a verse fusilado, y tenía por milagro o poco menos el haber podido escapar en aquel amargo trance de una muerte segura e inmerecida. Le denunciaron como a Jefe de una conspiración o intentona revolucionaria; y don Juan Pablo, que gobernaba entonces la provincia con un despotismo poco ilustrado y liberal, le hizo prender, le puso en prisión, le sometió a juicio, y el jurado militar declaró, por su honor y conciencia, que don Anselmo debía ir al palo, o lo que es lo mismo, ser fusilado, en pena de su delito y como ejemplo efficacísimo contra los avances de la demagogia. Nunca quiso decir el tal señor como llegó a fugar en ocasión tan singular y de tanto apuro, puesto ya en capilla, confesado y todo; pero es lo cierto que con la caída de don Juan Pablo, salió otra vez a la luz del mundo, al pleno goce de su libertad perdida de tantos años atrás, para entregarse en cuerpo y alma, sentidos y potencias a las intrigas de la política, al maquiavelismo de parcialidades o bandos que se combaten a todas horas y por todos estilos, y obtener así influjo, valimiento y autoridad con que aplastar a alguno o algunos

cuando le viniese en cuenta hacerlo, según los medios de que dispondría y los fines a que los enderezaba. Mas, fué éste otro engaño que sumó a los muchos y muy crueles que solía tener en su carrera de aventuras, y eso que a listo nadie le ganaba.

Estaba visto que el hombre no servía para mazo sino para yunque. Quebrantado y molido a puros golpes y desengaños, después de pensarlo y repensarlo mucho, se declaró *neutral*, obtuvo una declaración de los partidos beligerantes que por tal lo reconocían, y se puso *incondicionalmente* al servicio de Jorobada empleando y ejerciendo su actividad asombrosa y oportuna en oficios menudos, en dar consejos sabios y atinados a quien los había menester, y, por último, en servir en los ramos de mera administración bajo cualquier bandera, lo cual le valió al cabo el ser tenido y ensalzado por ciudadano benemérito de Jorobada tanto en la paz como en la guerra.

Aquí acaban mis recuerdos de esta segunda noche pasada *tierra adentro*, y en la que, bueno es decirlo, pude dormir a sueño suelto, una vez concluido el juego que tan pingües ganancias dió al grande e insigne Arnay a causa de las melancolías amorosas de Nico, el mediquillo de la Capital y sus sobresaltos de burlado, atrevido y galante.

Cuando desperté a la mañana siguiente, ya el rubicundo Apolo había tendido las doradas hebras de sus hermosos cabellos por las tierras de Jorobada, y el cacique Pedrola de Barbines, dejando con el alba las ociosas plumas, había mostrado su faz risueña y señoril por la calle y los portales de su alborotado y belicoso imperio.

VIII

Y quiso mi huésped que antes de partirme de Jorobada diéramos un vistazo siquiera por aquellos contornos, pues la mañana era fresca y hermosa, corriéndonos luego hacia la parte donde el terreno muestra su fertilidad y riqueza en numerosísimas e inmensas plantaciones, que rinden al año muy provechosa y abundante cosecha de cacao sobre todo y aunque escasa, no menos rica de café. Convine en ello. Montamos luego en las dos caballerías que estaban ya listas y aderezadas, y, a medio paso, salimos del lugar. No dejé de manifestar al cabo cierto recelo de ir solos los dos por esos campos no siempre cultivados, pues habría trechos en que aquello sería montaña cerrada de muy espeso e intrincado ramaje, lo cual podría brindar con la ocasión de que algún foragido o valientazo se ocultase por ahí para hacer alguna de las suyas, no digo en un personaje como Pedrola, pero en cualquier viandante inofensivo y descuidado.

Replicóme que desechase tales temores que más eran obra, según él, de mi ánimo asustadizo y de una imaginación preocupada con tantas historias y negras invenciones de hechos espantables y crímenes diarios, ponderados unos y

compuestos otros por aquellas gentes que se complacían en decir de sí mismos tales fechorías y se jactaban de atrocidades y hazañas, que a menudo no pasaban en el mundo de la realidad, sino en aquel otro maravilloso de la fantasía creadora y de la inventiva inagotable. Y en resolución, añadió, no todo ha de ser asalto y aventura y cuchillada y tiro sobre seguro, ni es esta la hora ni estos los sitios que de ordinario sirven para escenas de muerte y dramas sangrientos. Conque, adelante, y en su caso no olvides de que valen y aprovechan cierta templanza y serenidad de ánimo, un pulso firme y un ojo vivo y certero.

No lo esperaba yo, pero la excursión aquella resultó agradable y hasta entretenida. Seguimos primero por la ladera del cerro que es asiento de Jorobada, descendiendo siempre hacia la cuenca del río, no muy profunda ni estrecha, que atravesamos sin gran cuidado, pues en la estación del verano, aquello, si bien conserva el nombre y título de río, no merece los honores de tal por el menguado caudal de sus aguas, que apenas alcanzan a mojar los cascós de las cabalgaduras que las revuelven y enturbian a cada momento con el continuo tráfico que hay entre el pueblo, el valle y la montaña.

Atravesado el cauce, seguimos por el valle hacia el norte, en demanda de las lomas que los separan y dividen de la región montañosa, entre hileras de cercas a veces, a veces por terrenos abiertos y sin cultivo. Los extensos *potreros*, verdegueando unos, resecos otros, según la humedad que guardan pasadas las lluvias, o la proximidad a tal cual estero o riachuelo en cuyas márgenes siempre verdes hay algo de pasto que

suele escasear grandemente cuando el verano llega a prolongarse; los tamarindos y Algarrobos que solitarios crecen en la llanura, distantes unos de otros y a cuya sombra seostean en el calor del día y en pintorescos grupos los ganados del valle; aquel ambiente delicioso impregnado a menudo con el olor de las majadas; aquella paz, aquella serenidad no interrumpidas sino por el lejano relincho de algún potro que desaforado galopa cual llevado por un impulso irresistible de expansión y libertad, o el mugido lento y quejumbroso con que la madre llama al ternerrillo rezagado; todo, todo contribuyó a que mientras seguíamos el camino admirando el variado y hermoso panorama, comentándolo en sus menores detalles y aún añadiendo a las bellezas naturales del paisaje, no poco de lo que sentíamos rebullirnos por dentro y salía afuera en forma de exclamación entusiasta, de recuerdo apropiado o de ensueño de venturanza en aquella soledad apacible, exclamase al fin Pedrola, con una voz de melancolía y desaliento que me conmovió hondamente:

—No está en mucho que deje estos trajines del gobierno de Jorobada, esta farsa engañosa de la política diaria y menuda, estas trapisondas y estos cubileteos electorales en que la voluntad popular de grado o por fuerza se resume y condensa en sola una, ilustrada o brutal, la del cacique más o menos grande, más o menos poderoso de pueblos y ciudades, hasta llegar al mayor de todos que culmina como el sol en el cenit en lo más alto y encumbrado de la jerarquía social, y cuyos deseos o cuyas insinuaciones son otras tantas órdenes ineludibles para los que resplandecen en esfera más baja con la escasa luz que

les presta aquel astro de primera magnitud, centro de vida, de fuerza y poderío para todos ellos. Vuélvame yo desengañado y hastiado a mis huertos y a mis vacas, a mis montes y a mis llanos, bien así como don Quijote el Bueno corrido y molido y aporreado en la carrera de sus aventuras, dió en el pensamiento de hacer vida pastoril. Sólo que el inmortal manchego me sacaría la ventaja de que el ideal de su vida, Dulcinea del Toboso, fué siempre para él la mujer más hermosa del mundo, aún con la lanza del de la Blanca Luna sobre la visera cuando exclamaba: aprieta, caballero y quítame la vida, pues me has quitado la honra. Porque a decir verdad, es tanta mi desdicha que nunca tuve, ni tendré jamás acaso un ideal que me anime para salir a salvo con él, y sostener la entereza de su fama, aún sin la esperanza de mayor ventura en las borrascas de la existencia, que la de quedar eternamente sepultado en lo más profundo de las entrañas del olvido.

Conmovido y todo, por disipar aquella leve nubecilla de tristeza, repliqué al punto:—Pues sería de ver que te pusieras la soga al cuello y te horcaras luego por falta de ideales en una época tan sobrada de ellos y algunos, tan provechosos y ricos, que la dificultad estriba, según entiendo, no en hallarlos ciertamente, pero antes bien en decidirse por cualquiera de los muchos que nos tientan a todas horas y en todo sitio y ocasión. Fecundidad verdaderamente asombrosa de un siglo que se nos va de las manos, dejándonoslas hartas de conquistas e ideales para el día de hoy y hasta para el de mañana. Mira tú 'si te decides al cabo por el ideal anarquista que vendría,

como anillo al dedo, en el gran señor de Jorobada.

En esto habíamos llegado a la cima de una de aquellas lomas que separan el valle de la montaña, no muy empinada por cierto ni de difícil acceso, pero bastante alta para que la vista se espaciara y deleitara contemplando las bellezas inagotables de aquel suelo, donde la fértil naturaleza muestra las pompas de sus ricas galas y la virginidad encantadora de sus risueñas florestas, de sus azules montañas y de sus llanos feraces; pues el escaso cultivo y los plantíos en que por allí se ve la mano del hombre son cantidades nulas comparadas con lo que hay por hacer en esa vasta región, donde la rustiquez y la soledad en adorable consorcio se están cantando el himno de la Naturaleza con las mil voces y ruidos que pueblan los aires desde el fondo de las selvas, como un misterio de Amor.

Y de ello tomé ocasión para exclamar a mi vez, desde la altura aquella, señalando la comarca que a mis pies y por doquiera se extendía: —¡Mira cual surge el ideal! Ahí le tienes: amplio, fecundo, generoso; y tal, que él solo basta a satisfacer con creces a cuantos como tú se lamentan de la falta que les hace el tenerlo chico o grande, impalpable o corpóreo, para que sea lo que siempre ha sido: vida del alma, o estímulo o apetito siquiera de la carne mísera y concupiscente. Ahí le tienes, como quien dice a la mano, noble y levantado, esperando al igual que un mundo ignorado, la legión de atrevidos descubridores y heroicos conquistadores que a fuerza de ingenio, trabajo y perseverancia, concluyan por sacarlo a la luz en los brazos del progreso y de la civilización, trocando al fin aquella

pompa inútil, aquella opulencia salvaje, aquella hermosura esquiva y huraña en que hoy se gozan y recrean el reptil venenoso y la fiera indómita y bravía, con mengua y desdoro del hombre, rey y señor de la naturaleza, en campos benéficos, en ricos y dilatados plantíos, en asiento de pueblos y ciudades que unidos y enlazados por fáciles y expeditas vías de comunicación, hagan de todo ello como el florecimiento de una nueva cultura, la vuelta de una primavera, cuyos brotes y retoños sean el anuncio seguro de los frutos que más tarde, maduros ya, o en la sazón debida, proporcionen nueva savia y alimento más sano y vigoroso al mezquino y exhausto organismo social en que vivimos, el cual lejos de alimentarse y robustecerse, se enflaquece y debilita por todos estilos, y singularmente, por el tratamiento de la sangría que, suelta, le aplicamos a diario.

Conque—proseguí—a descuajar montes; a limpiar llanadas; a fundar el caserío aldeano que, con el transcurso de los tiempos, y creciendo siempre, llegue a convertirse en ciudad culta y opulenta; a navegar los ríos caudalosos, a encauzar los soberbios y desbordados; por último, a trazar y abrir caminos, donde el vapor de la locomotora anuncie y pregone la rapidez de los cambios y el incremento y la prosperidad del comercio. Mira si te embelesa y enamora el ideal que te pongo delante de los ojos, para que te abrace con él o con la visión siquiera de aquella soberana hermosura, cuyos adornos son virtudes, tan singulares y excelsas, como la Fe, la Esperanza y la Caridad, y con las cuales llegaremos todos a columbrar, cuando menos, la luz suave y apacible de una aurora que a su vez

anuncie también, el reinado o imperio de aquel Sol de Justicia que alumbrará desde lo alto otra civilización más firme, duradera y ordenada de Libertad y Paz... ¡De Paz! ¡De Santa Paz!... Lo que soy yo, si a ello te decides, pues no podré otra cosa, me quedaré cantando las alabanzas de ese ideal que te pinto... por enseñarte o indicarte alguno y convencido además, de que no hay tal carencia de ideales, sino por lo común, de hombres; de hombres que los comprendan o adivinen y se enamoren de ellos como el Dante de la sombra inmortal que halló al cabo entre los esplandores beatíficos de aquel Paraíso de Luz y de Gloria imperecederas.

—Bonito está el canto—profririó Barbines—; pero como del dicho al hecho hay gran trecho, confieso ingenuamente, que si sólo al canto te quedas y me dejas lo demás, tu ideal se quedará pintado y cantado. Y cuenta, que lo que es sonar, suena bien y halaga el oído y el espíritu y es capaz de despertar un deseo efficacísimo de grandes cosas y grandes hechos. Mas, como ni el propósito ni la voluntad bastarían para llegar a la realidad de lo que dices, allí se queda ese ideal como una música inspirada y deliciosa que oída, luego al punto, se desvanece en el aire, dejando sólo el agradable recuerdo de haberla oído, y uno como són vago y lejano que persiste, o vuelve a menudo a despertar en lo íntimo del alma la vibración o el ritmo de la canción que fué. Puede que al correr de los tiempos sea realidad viva y fecunda lo que hoy apenas columbra el espíritu en sueños como un ideal de poesía. Y ello será, si nuevas generaciones, mudadas las tristes o malas costumbres que nos aniquilan y desgastan en la hora presente, arri-

man el hombro a la obra que dices, unidos por los encantados y venturosos lazos de la concordia y el amor que cautivan y sujetan los corazones más duros y pervertidos.

Descendimos luego, y a corta distancia seguía ya el camino de trecho en trecho a la sombra de los cacaotales; pues dejando el campo abierto y soleado se mete por entre los árboles y se retuerce entre ellos caprichosamente, por gozar del fresco y delicioso ambiente que se respira bajo las bóvedas que forma el laberinto admirable de ramas, que se tocan y cruzan al punto de cerrar el paso a la luz que reverbera en lo alto de las copas y a lo largo de los caminos y veredas que se ven sin el amparo de aquel follaje denso y sonoro, el cual, al secarse y desprenderse, va formando con sus amarillas hojas, blanda y mullida alfombra que cubre el suelo hasta donde sus términos alcanzan.

Entonces, y por vez primera, llegué a mirar aquellas famosísimas *palancas* tan diestras en tumbar las doradas mazorcas; la faena de partirlas en dos mitades y extraer los granos que salen envueltos en una baba espesa y blanquizca, ocupación ésta en que se emplean y desempeñan, con una agilidad pasmosa, mujeres y rapaces; y luego, el acarreo en árguenas y a lomo de bestia del fruto que va a secarse y a tomar color en los amplios tendales de caña picada a la vera de la casa de la hacienda, en las barbacoas en fin; porque el grano es tan rico y codiciado, que cien ojos no alcanzan a guardarlo bastante de las mil mañas y astucias que ponen por obra para cargar con él manos rateras, desde que está en sazón en la mata hasta que va a

parar en las bodegas de su dueño, y aún más allá.

Por cierto que Pedrola explicaba y comentaba todo ello, dándome noticias y detalles que claramente mostraban lo mucho que entendía de faenas agrícolas y lo mucho en que estimaba el cultivo y aumento de aquellas huertas que eran oro en polvo para la nación entera, por obra de la naturaleza que nos regala con ese tesoro inagotable de su fecundo y amoroso seno.

Y cambiando de tono dijo a poco:—Pues la ocasión se presenta, bueno será que conozcas también algo del amor montañés. Suele andar por aquí, algo suelto y devoto, causando a menudo hondas e incurables heridas, aunque se muestre a veces con sus veleidades y travesuras de niño, lastimando corazones que se le rinden y luego desecha o quiebra o rompe sin darse cuenta del daño que hace, por ciego y por rapaz. Este que te mostraré en seguida, será para tí un ideal de amor como hay pocos en el mundo, según es de humilde y desnudo, de resignado y contento. Francamente, más me parece sumisión de la hembra a las ineluctables leyes de la naturaleza, que afecto compartido y saboreado entre dos almas que se compenetran y acaban por formar una sola en unión beatífica y perfecta de embelesos, deleites y placeres inefables.

Dicho esto, se internó por un bosque hacia la derecha, del cual salimos a poco para desmontar a la sombra y casi debajo del piso de una miserable casucha de campo, que se levantaba del suelo lo bastante para que en el invierno quedase a salvo de inundaciones la parte alta o habitable, y en el verano de las acometidas o

atrevimientos feroces de alguna bestia bravía que nunca falta por allí.

La tal choza o casucha era de *caña*, tanto en las paredes como en el piso, y bamboleaba atrozmente sobre los seis maderos clavados en el suelo, inseguros y retorcidos, que le servían de cimientó y eran como otras tantas piernas debilitadas y hasta carcomidas por la tierra, en que se diría ocultaban los pies, y que a duras penas podían sostener sin doblarse o romperse aquel cuerpo informe y descuidado que servía de vivienda a dos seres albergados en él para las expansiones de un amor *ilegítimo*, y oculto refugio quizá de una desnudez y una miseria tan espantosas, que llegaron a inspirarme compasión y lástima hacia el ser débil y gracioso que allí encontramos a solas con su cariño y abandono.

El otro, el varón, según supe después, no paraba en casa y se pasaba a menudo las noches en el pueblo, entretenido en festejos y diversiones que le distraían al punto de olvidarse de la pobre muchacha que en aquella soledad y en el corazón de la montaña quedaba sin amparo que le valiese a tiempo si lo llegaba a necesitar, lo cual no era difícil, y que se conformaba con las tristezas de esa vida, a trueque de la escasa limosna de un amor que la había decidido pocos días antes a dejar la casa de sus padres, para seguir al amador a ese Edén ignorado lleno de sinsabores y escaseces.

Barbines me invitó a subir primero; mas me excusé con mi poca habilidad y destreza para subir por aquella escalera o esqueleto de tal, formado de dos trozos largos de caña y unos cuantos de madera, redondos éstos, y que hacían de escalones. Tenía yo que trepar a gatas por te-

mor de un descalabro si no me agarraba firme y la subía con tiento. El cacique era otra cosa. Subió en un dos por tres, no sin hacer burla de mi poca o ninguna habilidad para empeños de la laya, y del recelo que expresé de rodar escalera abajo y romperme una o dos costillas probablemente.

Arriba ya, vi que aquello se componía de una pieza grande, que servía a un tiempo mismo de sala, de comedor y de cocina, pues había un fogoncito hacia la escalera, y de otra más pequeña, que servía de dormitorio, con un colchón menguado sobre el duro suelo, y los correspondientes baúles. Muebles, ¡qué había de haberlos! Para cariño tan entrañable y soledad tan espantosa bastaba una hamaca por lo visto.

Entre recelosa y tímida salió a recibirnos la Eva de aquel Paraíso ignorado, diciéndonos que su Adán andaba por el pueblo desde la noche anterior y que la excusáramos por la falta de asientos con que brindarnos; pero que ahí teníamos la hamaca en la cual descansaríamos mejor y estaríamos más frescos. Mejor o nó, ello es que aceptamos y dimos con nuestros cuerpos en la consabida hamaca que, a la verdad, era algo incómoda por estrecha y tendida.

Mientras Barbines que la conocía de atrás y era muy amigo y hasta protector del botarate de Adán, le daba broma y le pedía a su vez excusas por la molestia que le ocasionaba, pues él había llegado con el propósito de saludarla y tomar allí algo que le confortase el estómago, para lo cual llevaba carne fiambre y algunas conservas; pude yo fijarme detenidamente en la muchacha y notar que no era como quien dice, saco de paja, aunque estuviese algo desmejorada, tal

vez por natural consecuencia de aquel cariño en flor que podía ya anunciarle el dulce fruto que daría de sí. Vestía una bata no desceñida ni suelta, antes bien ajustada y puesta con esmero, de modo que revelaba la airosa curva del seno, ni oprimido ni levantado con el artificio del corsé, y la gracia toda de su cuerpo alto, gallardo y juvenil. La color era de un moreno pálido, los ojos negros, pequeños, brillantes y parlanchines, perfilada la nariz y la boca graciosa y risueña, con labios delgados y descoloridos sobre la dentadura blanca e intacta.

Bien se comprendía que no descuidaba cierto aliño y compostura, cierto atildamiento a que sin duda vivía acostumbrada desde niña y que el instinto le indicaba y acaso el deseo de agradar, a falta de mayores conocimientos en el arte de la limpieza y de aquel pulirse y adobarse que llevan a la perfección más exquisita el cuidado y el adorno de la propia hermosura, por conservarla fresca, atractiva, cabal y enbelesante como un don que es del cielo, y que debe cuidarse siquiera sea para devolverlo íntegro, y si cabe mejorado, a quien tan benignamente lo concedió.

Barbines más curtido que yo en lances y escenas de la vida montañesa, que conocía las gentes y sabía de experiencia que aquello, sobre no ser único, era vulgar y cotidiano, se reía y festejaba con los apuros de la pobrecilla que no atinaba, con la vergüenza y el rubor que le producía la presencia inesperada de un extraño, a formular una excusa o alguna disculpa pronta y al caso, por no tener mantel ni servilleta que ofrecernos y menos todavía vasos, platos ni cubiertos. Aquello no se conocía por allí y maldita la falta que hacía a la feliz y enamorada pareja.

Con todo, la muchacha se ponía como una grana de puro colorada y me dirigía miradas tímidas, recelosas y llenas de angustia. Por mi parte, llegué a sentir una ternura inexplicable y una tristeza muy honda al mirar aquel cuadro en que se movía una mujer joven y graciosa que entraba en la práctica de la vida, probablemente desde los reinos del ensueño, con el poético entusiasmo de un amor que se contenta con pan y montaña y soledad. Dígase lo que se quiera, y aunque alguno me contradiga afirmando que aquello es la quinta esencia de lo sublime y encumbrado, tal ideal, y su devoción amorosa, deben llevar consigo un amargo sabor que al fin y postre se sobreponga al dulce y regalado placer de sus primeros e inefables goces.

Se comprende, por lo dicho, que aquella criatura no llegó a exhalar una queja, ni a insinuar un reproche a causa del abandono y la miseria en que vivía, a pesar de que bien claro se notaba que en todo su ser y en cuanto la circundaba, había un tinte de melancolía, si profunda acaso, dulce y resignada.

Púseme, pues, de su lado; disculpé como pude las faltas que a cada momento daban ocasión para los alfilerazos de Barbines, que la apuraba, y aún creo que adrede, al punto que llegó a parecerme cruel; despachamos, sirviéndonos de una navaja, un mal cuchillo, y la herramienta natural de los dedos como en los tiempos paradisiacos, el desayuno o casi almuerzo que iba en las alforjas; bebimos de lo tinto en un jarro de hoja de lata; y nos despedimos en seguida no sin dejar recado al ausente Adán para que ocurriese a casa de Pedrola, el aviso era de él, por todo un servicio de mesa y aún por cierto catre



que tenía de sobra y que allí se echaba de menos.

Nada tenía yo que ofrecer a aquella Eva de las cercanías de Jorobada cuya imagen melancólica y graciosa me sigue a todas partes, sino el deseo de que a lo menos no acabase la felicidad a que vivía resignada, no sucediera que un día de esos, por veleidades de su Adán llegase a encontrarse a solas con su pecado; ya que

sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.

IX

Picamos las cabalgaduras, y a paso tendido, dimos la vuelta a Jorobada, a donde pudimos llegar poco antes del medio día, según los deseos del cacique, quien se guardó bien de anunciarme que tenía empeño especial de que así sucediese. Algo llegué a sospechar con todo, ya por el deseo apuntado, ya, principalmente, porque, caso raro en él, casi no habló palabra hasta que desmontamos, arrojando las caballerías al portal para apearnos en él.

No habíamos acabado de apearnos, cuando pudimos ver que entraba en el pueblo con espantosa gritería y tremendo alboroto un grandísimo tropel de gente de a caballo, que entre las densas nubes de polvo que levantaba, parecía todo un regimiento que a galope tendido cargase contra el enemigo, tal era el empuje que traía y tal la confusión y sobresalto que produjo en el vecindario la inesperada irrupción de aquellos bárbaros, a cuya cabeza regía un brioso castaño el famosísimo y destronado cacique militar que entraba en són de guerra a dar la gran batalla electoral que él suponía debía empeñarse en ese mismo día, pues vencedor en ella, no era poco lo que ganaba en influjo y valimiento para res-

taurar al cabo un prestigio harto mermado y deslucido ya.

El coronel de ese escuadrón o regimiento de electores vestía una levitilla, chaleco y pantalones de paño azul oscuro. Bajo de talla, de regulares carnes y mucho cogote, bigotillo cano, recortado y cerdoso, ojos grandes, desteñidos, saltones e inquietos. Había cierta arrogancia y cierto imperio en su porte y ademanes. Así, de pronto, parecía aquel señor un hombre muy encariñado de su persona y muy *metidito en ella*, según el decir de alguno. El sombrero que usaba era de paja, alto de copa y bastante corto de alas. La demás gente vestía como de ordinario, y como de ordinario llevaba a la cintura aquellos truculentos machetes que tanto me desvelaron la primera noche que pasé en el pueblo sin pegar los ojos. Hubo también su correspondiente abanderado, y por cierto que no inspiraban mucho respeto, ni pedían que uno se descubriese delante de la santa enseña de la Patria, aquellos colores mugrientos y resobados que en manos de aquella *hueste aguerrida* había servido ya para amparar y cobijar más de una horrorosa y sangrienta fechoría.

El galopar desatentado y la algazara y estrépito que levantaban aquellos centauros enronquecidos por obra del polvo que tragaban y los *vivas* que se sucedían en estruendoso y formidable coro de voces desapacibles y aguardentosas, no cesaron un punto hasta que el caudillo de esa legión de electores hizo alto en la plazoleta que había frente a la iglesia parroquial. Allí formaron un cuadro, y el ex-cacique, poniéndose en el centro, recontó su gente, cosa de setenta u ochenta hombres. Hecho lo cual, salió en busca

de la *mesa*, para ganársela por asalto, si era menester, aunque corriese sangre. Pero, a Dios gracias, no había tal mesa ni tal elección, y por lo mismo, el asalto y la sangre se quedarían para otra más negra ocasión, con grandísimo contento de mi parte, pues no deseaba, ni por asomos, ser testigo de una jornada como aquella, en que la fuerza, la astucia o el engaño sacarían triunfantes de las urnas nombres de parciales y paniaguados capaces de ensuciar hasta la boca de quien llega a pronunciarlos por acaso.

Por la noticia, el cacique militar bufó, pateó, amenazó con el desquite, clamó contra la burla que él pensaba hacía la autoridad del mandato de la Ley y el derecho de sufragio garantizado en la Constitución que disponía esto, y lo otro, y lo de más allá. Pero no hubo más que conformarse y entrar en razón. La verdad era que ciertas reformas no regían aún en Jorobada, dada la fecha de su promulgación, y la antigua ley, aunque vigente todavía, resultaba inaplicable al caso por señalar una fecha posterior, llegada la cual sería también imposible la elección, ya que para entonces estarían rigiendo las tales reformas.

Decidióse, en consecuencia, que se representase al Ministro con las debidas reservas y protestas, y que, en lo demás, se cumpliera el programa del día, que no era largo ni complicado y antes bien aplacaría y contentaría a los famosos electores sin menoscabo de la ley ni ofensa de la moral.

Y aquello fue un festejo de los buenos y sonado por añadidura, como que el bullicio y la algazara duraron todo el resto de ese día y la mayor parte de la noche. Pagaron el *pato*, como

suelen decir, dos vaconas gordas que allí, al aire libre se degollaron y descuartizaron en un periquete. Luego vino la faena del adobo y aderezamiento de aquellas carnes que chorreaban sangre, y el devorar todo ello medio asado en el fuego que en mitad de la calle se hizo. Y para que lo devorasen mejor y con más regalo lo saboreasen, el coronel Jefe de los electores añadió a las vaconas toda una hornada de pan, y por lo pronto, dos barriles de aguardiente que trascendía a leguas. Por cierto, que antes que a las reses degolladas y antes que a la hornada de pan dieron fin aquellas gentes al contenido de los barriles, por el calor que hacía y la necesidad en que se vieron de humedecer las gargantas resacas de tanto vociferar, y hasta de lavarlas su poquito por el mucho polvo que habían tragado con aquel trotar desaforado por llegar a tiempo de asaltar la *mesa*, con probabilidades de éxito seguro y la menor efusión posible de sangre *hermana*.

Hubo, pues, que sumar dos barriles más de ese líquido inagotable en la montaña, donde la caña de azúcar quebrantada y molida entre los cilindros de un trapiche apestoso y vulgar, casi no tiene otro oficio que el de producir bebida tan nociva para la salud y la paz pública.

Los resultados no se hicieron esperar, y mientras los abundantes restos de las dos vacas y de la hornada de pan iban desapareciendo en manos de las mujeres y los muchachos que por regalo o a hurtadillas se los llevaban a sus respectivos hogares; los famosos electores seguían apurando de lo *blanco* y se desparramaban unos por la calle y portales, tambaleándose y tropezando a cada paso por obra del generoso espíri-

tu que los traía y llevaba a la ventura, y se tum-
baban otros de largo a largo rígidos e inmóviles,
o se revolcaban en el polvo entre los desperdi-
cios del festín y las charcas formadas con san-
gre de aquellas dos víctimas sacrificadas en aras
del más puro y desinteresado patriotismo.

Resta apuntar como último toque del cua-
dro que no faltaron durante el día y la noche
que le siguió uno que otro tiro aislado, descargas
cerradas de escopetas y revólveres, machetes
que relucían y centelleaban, alguna riña sonada,
y, luego, mucho jaleo, mucho canto y la consa-
bida guitarra que, de cuando en cuando, se deja-
ba oír por allí como acompañamiento y ritmo de
todo ello.

Así acabó aquella tremenda jornada en que
sólo pudo notarse la falta del cubileteo electoral
con su prólogo de asalto y muertes, pues en
cuanto a lo otro, punto más, punto menos, se
regodearon como de costumbre con el regalo de
las vaconas y el aguardiente a pasto, con el item
más de la infernal batahola, que es fuerza acom-
pañe a un festejo de la laya en un concurso de
gentes tan levantiscas y endemoniadas.

El cacique no pudo menos que reír el chas-
co del coronel y los suyos, si bien se quedó en
casa todo el día seguro de que podría reprimir
cualquier desmán e intentona, gracias a que con-
taba con el imprevisto auxilio de un piquete de
la policía rural que acertó a llegar la víspera, y
fué causa sin duda de que aquellos burlados elec-
tores no se propasasen a mayores, destronando
de hecho al gran señor de Jorobada.

Así y todo, no dejaron de inquietarme y
sobresaltarme aquella inesperada irrupción de
bárbaros, y luego los tiros al aire, el medroso

ruido de los machetes afilados, el jolgorio, los gritos y las riñas inacabables. Decidí, pues, salir de Jorobada y seguir mi camino al día siguiente. Aquella vida de inquietudes y recelos diarios, y aquel cuadro en que veía a todas horas la confirmación de la doctrina o teoría que hasta entonces había tenido yo por falsa y calumniosa, esto es, que la guerra es el estado natural del hombre, no era para sobrellevado y contemplado por quien había pasado lo mejor y más florido de su juventud en la paz y la tranquilidad que de ordinario ofrecen las grandes poblaciones.

Para remate de males y como adrede, sucedió que decidida ya mi partida de Jorobada, acertase a llegar el empleadillo de marras con la nueva de que a Pepito, el Benjamín de don Juan Pablo, se le había hallado muerto en un lugar vecino; que esa muerte, sin duda alguna, era obra de una mano diestra y criminal, aunque no se sospechaba ni sospechase podía quien fuera el autor de homicidio tan aleve.

Y es claro, con el alba salí para la capital de la provincia acompañado siempre del mulato mi escudero y llevando en el alma más de un recuerdo triste y melancólico de mi visión de Jorobada, que tal me parecía, y me parece aún, al cabo de los años.

X

Pocos días después recibía yo en la Capital la primera carta de Pedrola de Barbines, que copiada a la letra, dice:

Queridísimo: Tenía razón don Juan Pablo. El león de la comarca viejo ya y casi ciego, vió mejor que yo y estuvo en lo cierto al afirmar que había encontrado por ahí a Joaquinillo hecho un veneno. El cordero de Jorobada, el único ser manso, tranquilo y al parecer inofensivo, resultó, quién lo creyera, oso de verdad. De modo y forma que si el raposo aquel que conociste, el abogadillo, en vez de ser natural y vecino de Villablanca, fuera de esta parroquia, llegaría yo a creer que con el tiempo saldría al fin tigre de Bengala. Pero esto no será, a Dios gracias; y para fieras, basta con las de acá, con las más, es decir con las que rijo y gobierno en Jorobada, que son muchas y bravías, tanto que a lo mejor, y sin poderlo remediar, hacen la del *cordero*, vuelto oso, lobo, o que sé yo: clavar el colmillo o hundir la zarpa donde pueden matar pronto y bien. Verdad es que hay una distinción por hacer. En Joaquinillo no había crueldad ingénita, no tuvo nunca sed de sangre, ni pudo matar por necesidad instintiva de su naturaleza, que no era

la de una fiera ni mucho menos. La maldad en él, fue cosa del momento, asunto de ocasión y no de instinto natural. Lo que hizo, lo que bárbaramente consumó, se muestra como efecto de una intensa fiebre pasional, según suelen decir. Con la fiebre vino el delirio, con el delirio el acto malo, inconsciente. Creyó que debía matar, y mató. Vió luego que aquella muerte hacia verter lágrimas; que el matador era execrado y maldecido, y se mató a su vez en pena de su culpa. Muerte sobre muerte. ¡Horror! exclamarás tú. Pero qué quieres, son cosas del Amor. Es tanto el poder y tanta la magia de esta benéfica y en ocasiones tremenda y ciega deidad, que la transformación del pobre Joaquinillo viene a ser cosa de nada, si llega a comparársela con cuantas corren enteras o en arrancados fragmentos del gran libro de la vida, formando, componiendo y poetizando la embelesante y trágica leyenda que a lo largo de siglos conserva intactas la lozanía primaveral, la frescura deleitosa y las galas inmarcesibles de su juventud eterna. Bien es verdad que el oso de Jorobada ha resultado tan fino y leal amador, tan sumiso y devoto, que si mató no fue como Otelo movido por la pasión de los celos. No quiso, ni pretendió la muerte de un rival, por separar el estorbo, o hacerle pagar con la vida el triunfo alcanzado; y si al cabo atentó contra la propia y se mató también, no lo hizo por ruin despecho, antes bien por sobra de fé en el ídolo de barro que allá en su mente magnificó y encumbró sobre todo lo creado, dotándolo de atributos y excelencias sobrehumanas para ensalzarle y adorarle y sacrificársele en cuerpo y alma, como último esfuerzo de todo su sér, al goce inefable y beatífico de ese querer sutil y aéreo

a que ha dado nombre el gran maestro en filosofía académica.

Ya te oigo decir que me deje de sutilezas, alambicamientos y disertaciones, y que entre en materia y te exponga el caso desnudo de todo artificio y adorno que pueda sugerirme la apasionada contemplación de ese drama de amor que, por modo espontáneo y sencillo, ha tenido un desenlace de trágica belleza con su correspondiente y doble efusión de sangre. Pero qué quieres, si diserto, si me apasiono, si alabo o vitupero en vez de narrar prosaicamente la negra y desesperada aventura del cordero de Jorobada, se debe esto a que no escribiendo yo historia para la posteridad, puedo dejarme llevar de mi natural vivo, entusiasta e impresionable sin contradecirlo o contrahacerlo, y admirar, ensalzar o deplorar los hechos de mi imperio, sin la estudiada frialdad y el postizo amaneramiento de un cronista frío, memo y vulgar.

Expuesta y consentida esta mi manera de ver y referir—y poetizar dirás tú—paso a decir el caso como salga él de esta mi torpe y desaliñada pluma, que diría alguno, si acaso llega a leerme por indiscreción tuya, que desde luego perdono y absuelvo a fin de que entre los dos desaparezca todo recelo que de tan leve causa proceda.

Sabías ya que el hijo de don Juan Pablo y la Inesita se querían de amor entrañable y *ciego*. Sobre todo la segunda, se enamoró de verdad y extremó su locura al punto de consentir en otorgar ciertos favores que, logrados por el primero, le hicieron luego desistir de su honrado propósito respecto de ella, si es que alguna vez le tuvo, y pensó siquiera cumplirlo como bueno y leal.

Yo me explico claramente lo que sucedió con Inesita. Nunca falta en la mujer cierto natural impulso que la inclina al amor, ya sea para sentirle de veras y gozar en él las inefables delicias de ese lazo encantado que al unir sutil y misteriosamente los corazones proporciona el íntimo embeleso de dos almas, ya por mera complacencia vanidosa de saberse amada y disfrutar, sin corresponderlo, del atractivo de una pasión que lisonjea por lo menos el amor propio, el orgullo y el deleite artístico de la que llega a tenerse y reconocerse por bella y adorable. Creo, pues, que en Inesita no faltó su poco de vanidad en los principios, y acaso más que vanidad, deseo vehemente de agradar al recién llegado, pues traía la correspondiente aureola que proporciona una educación iniciada y llevada a cabo en Francia o Inglaterra. Es lo cierto, que no parece sino que vuelve hecho un semidiós, o poco menos, aquel a quien le es concedido por la diosa fortuna no digo educarse, pero poner siquiera el pie en las calles de Londres o París, donde de fijo y gracias al ambiente de esa vieja cultura y al contacto más o menos somero de aquella civilización, se transfigura o transforma en sér aparte y privilegiado, que entiende de amor, de ciencias, letras y artes sin otro estudio ni mayor preparación.

Pues bien, el coqueteo, la vanidad, o como quieras llamar a este comienzo de amor, se trocaron luego con el trato diario, la música de las palabras y el incendio de las miradas en pasión tan honda y sentida en la inexperta muchacha, que llegó a donde de ordinario llegan estas cosas: hasta la sumisión incondicional, hasta arriar la bandera que orgullosa flamea en el egregio y

velado alcázar del pudor y entregar con él la vida y la honra.

Vencedor el galán, y con la posesión por derecho de conquista de aquella beldad rendida y enamorada, declaró a poco que su vencimiento era incondicional, y que, en todo caso, el matrimonio que se le pedía y a que él no se creía obligado, más era obra de cálculo que de empeño amoroso. Ya ves tú que el mocito añadió a la infamia el más ruin de los ultrajes; y, declarándose libre, se partió de Jorobada.

A todo esto Joaquinillo, enamorado a su vez de la Inesita, pero sin atreverse a declararlo ni por asomos, con un amor etéreo y platónico, ensayó ya que no directamente, decir a la muchacha, en nombre del galán, toda la intensidad y el fuego de su pasión reprimida. Y allí fue el escribir unos versos y el poner unas cartas tan finas y amorosas que enviaba luego el otro, firmándolos, que la engañada doncella no pudo menos que dejarse abrasar sentidos y potencias en ese incendio de requiebros, promesas y deliciosas expresiones de cariño, que le decían amor en un lenguaje desconocido lleno de voluptuosas embriagueces.

Ella ignoraba desde luego esa a modo de tercería coadyuvante que dice don Anselmo; y cuanto voy narrando, salvo el enamoramiento de los chicos, no se ha sabido tampoco en Jorobada, sino cuando todo estaba ya consumado y había pasado, además, en autoridad de cosa juzgada, según el propio factótum. Por donde sucede que el telón se levantó para el público de espectadores, sólo para que viese aquella escena trágica en sus resultados, o sea el saludable horror y la compasión que no podían menos que

inspirar dos cadáveres insepultos y la desolación y vergüenza de una doncella burlada por culpa de las horribles cegueras del Amor.

Y tomando el hilo de la narración donde se enredó por causa de un paréntesis indispensable a la debida y oportuna claridad de los hechos, continúo y digo, que naturalmente, la bella y desolada Inésita se puso fuera de sí con la fuga del galán. Rabió, pateó, prometió cielos y tierra a quien llegase a castigar al burlador desamorado con pena que a la culpa y a la infamia correspondiese. La muchacha, aunque culta, fina y modosita es de Jorobada al fin y cabo, y ¡claro! no podía menos de sentir con igual fuerza el ímpetu y la ceguera de una venganza pronta y eficaz que, acallando todo afecto amoroso, hiriese rápida y tremenda al igual que un rayo. Ahí tienes la fierecilla. Qué quieres, si el impulso natural la llevó a la ceguera de aquel amor burlado, el impulso natural, el propio hervor de la sangre habían de llevarla a aquella otra que dije de la venganza, o el castigo que también es la natural consecuencia de toda falta o pecado. Vivimos aquí en plena naturaleza, y sucede por esto que la conciencia y la reflexión no siempre dejan oír a tiempo su voz grave y solemne para apartarnos de la acción súbita e irreflexiva; despiertan perezosamente y no llegan a veces a darse cuenta del mal causado, sino cuando éste se ha vuelto ya irreparable y hasta odioso.

Oírla Joaquinito y sentir en el alma la mordedura de aquella infamia, el latigazo de la ira que estallando en la muchacha le golpeaba de rechazo en lo más profundo de su sér, fue todo uno. Y así, sin chistar ni mistar, sin dejar comprender que él podía valer y valdría de hecho

como brazo de aquella bárbara justicia que pedía el sér adorado y escarnecido, fue y *coronó* la obra con una seguridad y aplomo verdaderamente increíble. Venganza y muerte clamaba Inesita; pues venganza y muerte consumó el cordero de Jorobada, convertido en oso, ahogando entre sus manos férreas al menor de los hijos del viejo león de la comarca. Bien le vió éste, hecho un veneno. Fue el aviso, la corazonada de padre. Vaya si le ha dolido hondo. Sus rugidos ponen miedo o mueven a compasión, según es de cólera o de dolor aquella voz potente y clamorosa con que está llenando ahora los ámbitos de Jorobada.

Por cierto que Joaquinillo no volvió en casa de Inés para lisonjearla con aquella hazaña feroz y jactarse de lo hecho y pedir la prometida recompensa. Nada de eso. Soltó la noticia de la muerte de Pepito entre hosco y dolorido, sin declararse autor de ella, porque la muchacha lo supiese, y si en ello encontraba consolación, que la tuviese pronta, cuanto antes mejor. Si no arrepentido, receloso con la duda que asomaba acaso, allá en su conciencia, sobre la fealdad y reprobación de un hecho tan horrendo, se mostró reticente, vacilante, y luego sobrecogido con la inesperada explosión de dolor que hubo en el alma compasiva y amorosa de la muchacha, quien en su desesperación llegó a maldecir del matador por una reacción generosa, y porque, como dijo luego, fué locura, delirio, aquel deseo de venganza, pues ella le amaba o le había amado mucho, para que en realidad de verdad quisiese que por modo tan espantoso, cruel y desastrado tuviesen fin sus locos y amorosos devaneos.

—Tú le mataste,—exclamó llena de ira y espanto.

—Yo le maté—contestó Joaquinillo con voz sorda pero firme.

—¡Maldito, maldito, maldito! ¡Tres veces maldito!—profirió Inesita.—¿Quién te dió orden para ello? ¿A qué título, o con qué derecho convertirte en vengador de mi afrenta o mi vergüenza?

—¡Oh!—exclamó aquí a su vez el cordero. En verdad, te digo que ese derecho acaso lo tuve. ¿Te deleitaste tú con mis versos y la última carta de Pepito? ¿No fueron tu mayor embeleso? ¿No le creíste, amador fino, expresivo y encumbrado sobre los seres vulgares y ordinarios de Jorobada? Pues bien, esos versos y esa carta, la última digo, la que te decidió, eran la flor de mi alma; eran la voz de mi corazón, que decía y cantaba amor, amor hondo y sentido. Yo te rendía adoración en esas líneas. Yo saboreaba el delicado y único placer de que gustases de mis palabras, de que te enamorasen mis pensamientos, de que te embelesasen mis ternezas, de que recogieses mis sollozos con la luz de tus miradas que dulcemente languidecían con aquel canto de amor. Te adoraba en silencio y de rodillas como a una santa. Había algo de oración, mucho de santo, en este querer mío tan respetuoso, oculto, sumiso y obediente. Nunca lo comprendiste tú, ni lo comprenderías jamás, si la muerte que me está llamando a la paz y al olvido de su imperio, no pusiese en mi boca estas palabras y en mis manos esta arma con la cual te vengo, matando al matador de quien a su vez te asesinó en la honra, que es mucho más que esta vida misera-

ble. Muero contento y muero feliz, porque muero vengándote.

Dijo, y hundiéndose en el pecho largo y agudo puñal, quedó muerto al punto para fin y remate de aquella espantosa y horrible tragedia.

Figúrate, cuál quedaría Inesita. El asombro, el horror que le causó todo ello. De este escándalo y tamaña deshonra sólo puede redimirla Aquel que es Amor y Misericordia; Aquel que nos enseña a descubrirnos y exclamar, delante de la humilde cruz de los cementerios:
i Ave, spes unica!

XI

Cuando me preparaba ya para salir de la Capital, recibí la segunda carta de Barbines, que fué otra sorpresa añadida a las muchas que en tan corto tiempo me habían proporcionado, como adrede, Jorobada y su gente. Decía así:

Queridísimo. ¡Finis Poloniae! O fin del cacique Pedrola de Barbines que da lo mismo. Lo escribo imitando al gran polaco, sólo que con el acero de la pluma que estas líneas traza sobre el cadáver de mi imperio. Porque estoy muerto de verdad, es decir caído, y caído para siempre, con el muy firme propósito de no intentar jamás una resurrección o vuelta al poder, pues calvario y cruz, agonía y muerte bastan con sola una vez. Tuve que dimitir. El gobierno se me volvió imposible, delante de otro *imposible realizado*: la unión de los dos famosísimos caciques, el militar y el golilla o tinterillo. Cierta personaje de muy conocida influencia quiso con esto traer la paz a Jorobada, hacer que esos dos rivales empeñados en tan largos odios y contiendas, les dieran fin; arreglasen sus diferencias y litigios sobre *linderos*, transigieran en política y...nada, se abrazaron aquellos dos felinos, y con el abrazo, es claro, me vine al suelo. Yo no podía con-

trarrestar las dos fuerzas unidas siquiera por el momento, acaso con el señalado propósito de sacudir el *ominoso yugo* de mi reinado, al que apellidaron también de oscurantista y retrógado, porque les iba a la mano y quise por mal de mis pecados encauzar la corriente desbordada en que esos hombres se dejan ir por razones de medro personal; pues así y sólo así, logran saciar el apetito de codicia que tan poderoso y ciego se muestra en naturalezas ruines y depravadas.

Con esto, tuve que *desterrarne* del pueblo, al cual no pienso volver en mucho tiempo. Tal vez nunca, pues decidido como estoy a salir de lo que tú llamas *tierra adentro*, y a dar un largo vistazo a las cosas de *afuera*, a esa civilización europea que tanto nos deslumbra, enamora y atrae, iré a París donde puede que olvide estas pequeñeces de Jorobada, y hasta dé por bien empleada la *caída* política que me obliga a salir, y bendiga al fin y al cabo la unión y amistad recientes de los dos famosísimos caciques que hoy disfrutan a su sabor de las delicias de un mando sin restricciones ni cortapisas.

Después de todo, avenidos ellos, puede también que cesen los disturbios provenientes de bandos y parcialidades, de rencillas lugareñas, y que estas gentes se aquieten y tranquilicen y prosperen; olviden sus hábitos de fieras bravías que las vuelven ingobernables para cualquier otro que no sea uno de esos domadores, que si las mantiene sumisas y obedientes, aprovecha de esa sumisión y tal obediencia en beneficio propio, dado que un sentimiento egoísta de bienestar personal le guía únicamente en cuanto emprende y se propone. Los tales no comprenden el lado humano de las cosas que hace ama-

ble cuanto al hombre se refiere. El individuo y no la especie, eso ven, eso sienten y eso adoran. El Sermón de la montaña no ha llegado nunca a inflamar los corazones de ese par de tiranuelos en amor del prójimo, y así la caridad no hará morada jamás de los pechos insensibles, broncos de aquel golilla y su *pendant*, el tremendo cacique militar.

Don Anselmo está en el mismo pie que antes. Es irremplazable, y seguirá vendiendo la pólvora, la sal y el papel sellado de Jorobada, como si tal cosa. El me desea por Teniente y hasta lamenta y llora mi caída; pero no se atreve a apuntar el deseo y se *enjuga* las lágrimas aún antes de que lleguen a empañarle los ojos. Todo ello porque no le sorprendan compasivo o le declaren traidor a la famosa ley de su *neutralidad*, que le ampara y protege de tiempo atrás y que no podría violar o quebrantar, sin que luego al punto se le presentase el espectro del hambre y la miseria a los sesenta años largos. Hay en esto su poco de egoísmo, pero egoísmo nacido del instinto natural de la propia conservación y muy disculpable en don Anselmo, que es el factótum y la Providencia de Jorobada.

El abogado de Villablanca se ha quedado sin vela en este entierro de mi cacicazgo. Es un radical *doctrinario*, según dice, que detesta en otros la brutalidad de los hechos, pues él sería capaz, según también afirma, de degollar a media humanidad por el triunfo de sus queridos y sacrosantos ideales. La epopeya sangrienta y terrible del 93 se la sabe de memoria, la tiene delante de los ojos, y querría para Jorobada un comité de *salvación pública* que en nombre de los más caros intereses de la Patria, y en aras

de la santa libertad, sacrificara sumariamente a ultras y reaccionarios por ser éstos su horrible y espantosa pesadilla. Prefiere la guillotina al machete. Y es algo en ese Dantón sin consecuencias. Un egoísta a su modo. Como éste, hay muchos. Suelen quedarse con la palabra en la boca, mientras los hombres de acción se encaraman bien alto, aunque no sepan ni puedan más que un ganso en materia de elocuencia y sabiduría.

El grande Arnay está que revienta de gozo. Juega diariamente con los caciques, y como éstos son más diestros y avisados para los cubileteos de la cosa pública que para barajar un naipe, está ya pensando si sería mejor trasladar su familia a Europa para seguirla luego. Ya no hay vozarrón ni pulmones de toro. Es una flauta el hombre. Cómo imaginar que la garganta del gran tresillista pudiese tener inflexiones tan suaves y delicadas, música tan regalada para oídos tan torpes y acostumbrados al horrendo vocerío de sus rústicas mesnadas. Nada, queridísimo. La ganancia buena y segura ha hecho el milagro. Este es un egoísmo, que bien vale la pena de cambiar de tono y dejar el bramido de toro, por el dulce y blando són del amoroso caramillo, o zampoña si quieres.

¡Ni la sombra del mediquillo! La del comendador Mendoza le espantó de modo y forma, al saber o suponer que le buscaba y perseguía, que temblando de emoción y perdido el sosiego en Jorobada, tomó las de Villadiego y a la hora de esta sabe Dios en qué pueblo o aldea estará aplicando la sapientísima fórmula que le acredita discípulo del inmortal doctor de Tirteafuera, y pensando en un nuevo hartazgo de fruta prohi-

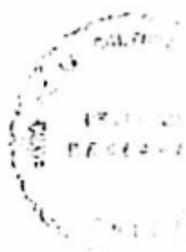
bida, en regalarse sentidos y potencias con el supremo deleite de otra traición amorosa. Su apetito en este punto es tan desenfrenado e insaciable, que está en un tris no afirme yo que el mediquillo mataría de hambre al género humano con tal de quedarse solo, completamente solo, entre un coro de vírgenes o un centenar de éstas. ¡Otro egoísmo de los buenos!

De Inesita dicen que está decidida a meterse monja, a abrazarse con la cruz, a hacer de ella la única esperanza de su vida mortal, a redimirse del pecado y la deshonra por un amor ferviente, divino, imperecedero, pues que eternamente durará y la llevará a los cielos a gozar de Dios purificada por el arrepentimiento y la penitencia. Este egoísmo de salvación y gloria eternas es muy para alabado. Ojalá que tú y yo pudiéramos otro tanto.

El león de Jorobada fue siempre un egoísta supremo. Mando, honra, consideración, todo lo quiso para sí. Hoy inspira verdadera lástima ¡pobrecillo! La muerte del *chico*, de su Benjamín le tiene agobiado. Ya no sacude la melena, ya no muestra ni afila las garras, su voz tiene una como vibración de queja prolongada que va languideciendo y apagándosele con la vida, allá en el fondo oscuro de su morada triste y solitaria. Es su salmodia de muerte que entona por lo bajo.

Ya no hay *tirana*, la mula; ni la famosa invocación al nombre y al recuerdo y a los tiempos del *tirano*. Se apaga, se apaga esa *luz* del oscurantismo; y acabará brevemente en la sombra que le va cubriendo ya: una sombra de muerte anticipada.

No me verás a tu vuelta. Hay que huir,



huir ligeramente del famoso y temible par de caciques que tenemos aquí. Me voy. Me voy luego de cerrada esta carta, cerradas como están las maletas desde anoche, y cerrada para siempre la mala tentación que tuve de llamarme señor de Jorobada. Adiós... Largo y cariñoso adiós.

Y cumplido a poco el deber profesional que me llevó a la fértil y prometedora tierra de Pedrola de Barbines, resolví dejarla también; pero no como él por desengaño alguno, sino porque extraño a ella, y venido a ella sólo por tal cual asunto judicial, arreglado felizmente, nada tenía que hacer; perdido además el encanto del trato y de las pláticas de aquel soñador de tierra adentro que huía, huía de la realidad ambiente, de la realidad que creyó poder dominar y transformar.

XII

Salí, pues, de la Capital, y dí la vuelta a Jorobada, para dejarla a mi vez en brazos de un señor militar y de un golilla que, unidos hoy, se separarían mañana, por hacerse guerra, guerra implacable y fiera, oculta, de intrigas, como principio de ella, y luego abierta, dura y franca. Uno de los dos, y no los dos a un tiempo, había de ser el afortunado señor de esa parroquia de montaña todavía.

Iba, eso sí, acompañado del mismo mulato, que, por callado y silencioso, no contaba esta vez, historia alguna espeluznante de asaltos y de muerte. Entristecido y cabizbajo, más me seguía que me guiaba. Tal le tenía la caída y sobre todo la ausencia indefinida del bueno de su señor. Se iba, y le dejaba en manos tan conocidas y probadas ya en el pueblo y la provincia, y hasta fuera de ella, por sus muchos y notables *hechos* de armas y enredos y despojos judiciales, o sea tinterillescos.

Llegamos quedamente a Jorobada; entré en ella para seguir de largo, pues tampoco podía yo contar con la sombra protectora de Barbines. Todo lo contrario. La que me dió antes, aquella que me había cobijado benévolamente, era una mala sombra ahora, por obra del *nuevo régimen*. Era yo de los clasificados entre los inti-

mos del mayor enemigo de tamaña novedad y de sus dos más atrevidas y poderosas columnas de sustentación.

Adelantando, pues, por la única calle del pueblo, esperaba ver concurridísima la escuela abierta por Pedrola, y que en concepto de su ilustre fundador no tardaría en dar bien sazonados y provechosos frutos para con ellos influir grandemente en el mejoramiento intelectual y moral de Jorobada. ¡Dios de los cielos! Hasta esta esperanza le salió fallida. A mi paso por el pueblo, la escuela era nada menos que un cuartel; así como suena, un cuartel.

Detuve un momento el caballo, y pude ver en efecto que a la puerta montaba guardia una figurilla negra de catorce a quince años, descalza y en traje mixto de paisano y militar. El Remington con su correspondiente bayoneta, parecía inmensamente largo al costado derecho de aquella criatura que fijó en mí sus ojos negros y curiosos al mirar que me detenía entre curioso y asombrado. Ví también que de las paredes del salón colgaban armas y mochilas sin orden ni concierto; que en el suelo se sentaban o tendidos se estiraban, ociosos e indolentes, hasta veinte hombres de igual o parecida catadura; y por último, que sobre el estrado que se levantaba al fondo jugaban cartas y dados unos cuantos hombres más en grupos distintos, entre los cuales y casi debajo de un cuadro al óleo que colgaba de la pared testera, algún protector de las letras sin duda, otra figurilla negra como la de la puerta, se entretenía en dar volteretas, o en ponerse de cabeza para sacudir las piernas en el aire.

No pude más... No sé si fue indignación,

congoja, o todo ello junto, lo que sentí a la vista de aquella escena burlesca y repugnante; pero sí recuerdo, como si fuera ayer, que algo me dolió muy hondo, y que espoleando al fatigado animal, a paso tendido y sin volver la cara, me alejé para siempre de Jorobada, dejándola hecha presa de esas dos fieras que gobernaban sólo, y en toda ocasión, en provecho propio y daño de los demás, para muestra de lo que son caciques o señores de la laya, en poblaciones rústicas, donde entre el desamparo del mayor número, llegan a imponerse el ardid o la fuerza de unos cuantos tiranuelos, que tienen como verdad de a folio que en todas partes, y en Jorobada de consiguiente, vale más hacer de mazo que de yunque.

Seguí por el valle triste y desolado en cuanto alcancé a mirar, a lo que contribuía no poco aquel verano seco y ardiente que de prolongarse unos cuantos días dejaría sin pastos y sin agua a los ganados de los contornos, que ya mostraban los estragos de tan grande escasez agrupándose, flacos y desmedrados, allí donde el río, por formar un recodo, tenía mayor caudal de agua, para hartarse de ella, y matar el hambre y morir luego allí con los vientres enormemente hinchados de tanto beber un líquido vuelto lodo casi, como que lo revolvían con las propias pezuñas en esa ansia horrible y aquella agonía desesperada de una muerte por hambre.

Algo de eso vi, bien triste y doloroso, algo que venía a aumentar la congoja de mi espíritu con el cuadro de horror y de agonía de aquella desolación y aquel morir de ganados sin pastos y sin agua.

Seguí adelante. Subí aquellos cerros que

separan el valle de la costa por angostas veredas, a que da sombra una vegetación ni raquítica ni pomposa, y llegué a la cima cuando el sol se ponía en las lejanías del ocaso. Sobre mi cabeza el cielo ostentaba toda la claridad de su limpidez azul, y hacia el poniente entre arreboladas nubes de carmín y oro, el sol parecía descender, soberbio y majestuoso, de un mar de fuego inmóvil y tranquilo, a una mar de gualda y de rubíes de inquietas, movibles y sonantes ondas.

Ese cuadro de luz, de vida y de belleza borró al punto de mi imaginación ese otro cuadro triste y sombrío que dejaba atrás, y la brisa húmeda y salina que llegué a respirar con delicia inesperada, como que limpiándome de todas las visiones y recuerdos de Jorobada y su tierra, me infundía nuevo aliento y una más rica esperanza de paz y de ventura.

A ser posible hubiese preferido en ese instante convertirme en un rayo de luz de aquel sol que se ponía; irme hacia arriba, hacia arriba, hacia el gozo y la alegría que allí se me representaba y ofrecía en la contemplación de ese inmenso espacio tan lleno de rumores y poesía. Mas, esto era un ensueño, una imaginación; una visión de beatitud solamente, y tuve que descender hacia la playa antes de que se ocultara el sol, para seguir por ella al vecino puerto y luego ir adelante entre el dolor y la esperanza que se apoderan de nosotros desde que llegamos a luz del mundo hasta que al fin nos deje alguna mano compasiva, algún corazón amigo, tras la dura batalla de la vida, en el descanso eterno y misterioso de una olvidada y solitaria tumba.

Guayaquil, Diciembre de 1898.

ERRATAS

Página	Línea	Dice	Digase
9	28	Presidencia	la Presidencia
19	15	de bajo	debajo
51	21	descreido	Descreido
56	4	todos	todas
..	18	Y no es que	Y no es mucho que
..	28	dejarlos	dejarlo

